

ANTROPOLOGÍA DE LA INHUMANIDAD
Un ensayo interpretativo sobre el Terror en Colombia

María Victoria Uribe Alarcón

ÍNDICE

Introducción

1^A PARTE.

EL ANTAGONISMO SOCIAL DURANTE LA VIOLENCIA

1. La relación antagónica entre Liberales y Conservadores
2. Entre el populismo Liberal y el fundamentalismo Conservador
3. La cultura política campesina
4. El bandolerismo durante La Violencia
5. Los perversos “Chulavitas”
6. El problema de la alteridad
7. Guerra de símbolos y de signos
8. Bordes imprecisos entre identidades humanas y animales

2^A PARTE.

LAS MASACRES COMO SÍNTOMA SOCIAL

1. Definición y estructura ritual de las Masacres
2. Mutilaciones y cortes. Una ruptura real y simbólica del cuerpo.
3. La imagen del cuerpo entre los campesinos

3^A PARTE.

EL SÍNTOMA EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

1. Relación entre insurgencia y Estado, mediada por la guerra sucia.
2. Las masacres contemporáneas
3. Fenomenología del terror
4. La animalización como metáfora de la dominación
5. Suspensión momentánea de la identidad.

Consideraciones Finales.

Bibliografía

Glosario

Al extender la mano para acercar una silla
He arrugado la manga de mi chaqueta
He rayado el suelo
He derramado la ceniza de mi cigarrillo.
Al hacer lo que quería hacer, he hecho miles de cosas no
deseadas. El acto no ha sido puro, he dejado huellas y, al borrar
esas huellas, he dejado otras.
Cuando la torpeza del acto se vuelve contra el fin perseguido,
nos encontramos de lleno en la tragedia.
Como la presa que huye en línea recta por la llanura cubierta de
nieve al escuchar a los cazadores
y deja, de ese modo, las huellas que serán su ruina.
De este modo, somos responsables más allá de nuestras
intenciones.

Emmanuel Levinas.

Entre Nosotros. Ensayos para pensar en otro.

Introducción *

Desde hace casi veinte años, he venido reflexionando acerca de un fenómeno que ha sido recurrente en la historia reciente de Colombia: el asesinato colectivo de personas desarmadas e indefensas a manos de grupos armados. En un primer momento, analicé doscientas cincuenta masacres que fueron ejecutadas, en primera instancia, por guerrilleros y matones privados y estatales y, unos años más tarde, por bandoleros Liberales y Conservadores, durante la década de 1950 y la primera mitad de 1960. Se trata del período conocido como La Violencia con mayúsculas. En esa ocasión traté las masacres como actos sacrificiales, con tres fases claramente definidas y pude distinguir una serie de rasgos que son peculiares al sacrificio. El primero de ellos, es el porte de vestimentas especiales por parte de los autores de los hechos, mientras cometen los actos sangrientos. El segundo, es la utilización de determinadas palabras, generalmente soeces, que tienen por objeto degradar a las víctimas. Por último, el empleo que hacen los autores de las masacres de determinados alias o apodos con los cuales encubren la identidad que les otorga el nombre de pila.

Unos años más tarde, retomé nuevamente el tema a raíz del incremento de esa modalidad delictiva hacia finales de la década de 1980. En esa ocasión, estudié detalladamente, junto con otros colegas, mil doscientas treinta masacres, ejecutadas entre 1980 y 1992. Los autores se habían diversificado respecto a los de La Violencia pues incluían a narcotraficantes, guerrilleros, paramilitares, matones a sueldo, agentes estatales y delincuentes comunes. Durante esos años, el contexto social y político había variado sustancialmente debido a la irrupción

* En primer lugar quiero agradecerle a Anne Dufourmantelle, editora de la colección *Petite bibliothèque des idées* de la Editorial Calmann-Lévy, la confianza que tuvo conmigo al proponerme que escribiera un texto sobre la violencia en Colombia. Para mí como colombiana, y muy posiblemente para Anne quien en un momento dado fue tocada como persona por la fuerza contradictoria de la realidad colombiana, este ensayo es un exorcismo. Quisiera también agradecer los comentarios y sugerencias al texto hechos por Daniel Pécaut, Anne Marie Losonczy, Gonzalo Sánchez, Tania Roelens, Bruno Mazzoldi y Rita Laura Segato. Se trata de comentarios muy valiosos que no los comprometen en absoluto con las tesis expuestas aquí.

del narcotráfico en la vida nacional y al creciente enfrentamiento entre guerrilleros y paramilitares. Mientras tanto, la confrontación violenta entre Liberales y Conservadores había pasado a un segundo plano. Esta vez las hipótesis estuvieron orientadas a dilucidar las estructuras miméticas que se perciben en los comportamientos de grupos aparentemente tan disímiles e ideológicamente opuestos como pueden serlo una guerrilla de orientación marxista, una contraguerrilla defensora del statu quo y un ejército legítimamente constituido. Adicionalmente, estaba interesada en entender a que obedecía el uso reiterativo, por parte de los autores de las masacres, de operaciones semánticas que iban dirigidas a convertir al Otro en algo menos que humano. A finales de la década de 1990, las masacres se intensificaron nuevamente en diversas partes del territorio nacional. En esa ocasión, tuve la oportunidad de conocer numerosos testimonios rendidos por sobrevivientes a defensores de los derechos humanos y a funcionarios de varias organizaciones no gubernamentales. Fueron estos los que me permitieron ampliar mis reflexiones respecto al fenómeno de las masacres y corroborar algunas de la hipótesis que había venido manejando.

En este ensayo, he retomado dos de los períodos mencionados anteriormente, La Violencia de mediados del siglo XX y la guerra que se libra aún en Colombia en los albores del siglo XXI. Cincuenta años las separan y no pocos cambios. A pesar de ello, comparten una violencia que ha cobrado innumerables vidas y ha dejado incontables viudas y huérfanos. Durante ambos períodos, las masacres fueron, y continúan siendo, una práctica constante que cercena la vida de ciudadanos indefensos. Durante La Violencia, y aún hoy, hemos sido testigos de la inhumanidad de una carnicería física y simbólica que no tiene precedentes en el continente americano.

Las masacres son actos plagados de contenidos no simbolizados que se repiten y retornan a la manera de pasajes al acto. En tal sentido, considero que se trata de actos que se inscriben al menos en dos registros, en el ámbito social local y en el ámbito subjetivo. En el ámbito social local, las masacres son

eventos devastadores que afectan profundamente tanto a las personas directamente afectadas como a las comunidades a las cuales pertenecen. Paradójicamente, estos eventos no trascienden el nivel local, por lo cual apenas cuentan o cuentan a medias en las narrativas nacionales. En el ámbito subjetivo, las masacres tienen un efecto devastador, según se deduce de los testimonios de los sobrevivientes que narran los hechos, entre los que predominan las mujeres y los niños. En sus relatos, se entrelazan emociones, recuerdos e interpretaciones que ponen en evidencia la ruptura traumática que dejan estos eventos. Los sobrevivientes, aunque logran articular oralmente su relato, no pueden darle un sentido a los hechos.

En su libro *Los trabajos de la Memoria*, la antropóloga argentina Elizabeth Jelin se refiere a un fenómeno que ha sido común en los países del Cono Sur de América Latina: la persistencia de pasados que “no quieren pasar”. Se trata, según ella, de fijaciones, retornos y presencias permanentes de pasados dolorosos y conflictivos que se resisten y que reaparecen sin permitir el olvido o la ampliación de la mirada. La autora menciona concretamente ciertos acontecimientos traumáticos de carácter político, así como situaciones de aniquilación masiva que implican un gran sufrimiento colectivo. Unos y otros han sido frecuentes y recurrentes en la historia reciente de Colombia.

La mayoría de los testimonios que aparecen en este libro, provienen de colombianos y colombianas a quienes los sorprendió el terror y los obligó a ser testigos de la muerte atroz de sus vecinos, parientes y conocidos. Una muerte inflingida por conciudadanos en nombre de la venganza, de la pertenencia a un determinado partido político, o a un determinado grupo armado. A los pocos días de ocurridos los eventos, los sobrevivientes son interrogados por miembros de organizaciones no gubernamentales defensoras de los Derechos Humanos, por jueces y por fiscales. Muchos de ellos se abstienen de hablar por miedo, pero otros lo hacen y por respeto a su integridad personal sus testimonios deben permanecer en el anonimato. Por ello, en este ensayo no hay nombres propios y los eventos carecen de localización geográfica y temporal precisa. El

tratamiento abstracto de los hechos es deliberado y pretende poner a salvo tanto la identidad como la privacidad de quienes rinden sus testimonios. La mayor parte de estos, provienen de mujeres y niños que sobrevivieron a los hechos simplemente porque su condición de género y edad no los calificó como potenciales víctimas, en un mundo machista y despiadado. Entre las mujeres que hablan a lo largo del texto, hay una cuyo relato teje la trama invisible del sufrimiento de las mujeres. Aunque ella no se refiere concretamente a los hechos violentos que son el objeto de este ensayo, la agudeza de sus percepciones respecto a la cultura y al contexto social de la época, son invaluable. A lo largo de varias entrevistas, Matilde, una mujer de origen campesino y proveniente de un pueblo santandereano de mayorías Conservadoras, se refirió con lujo de detalles a la infancia que le tocó vivir cuando estalló La Violencia.

Las atrocidades de nuestro siglo ocurren en medio de la ausencia de un lenguaje que pueda darles sentido. En su libro “Winter in the Morning”, Janina Bauman considera que lo más cruel de la crueldad es que deshumaniza a las víctimas antes de destruirlas. Se refiere a la ardua lucha que libran estas personas por conservar su condición humana en medio de condiciones inhumanas. El mayor horror del siglo XX tiene que ver con esa pelea desesperada que libran hombres, mujeres y niños por sobrevivir en ambientes que los empujan cada vez mas hacia una muerte que no guarda ninguna relación con sus vidas cotidianas. Son personas indefensas que poco pueden hacer por evitar lo que les va a suceder pues el enemigo que las acecha es silencioso, implacable e impredecible.

El lector de este texto debe saber de antemano que no encontrará aquí la historia social del bandolerismo, como tampoco un recuento exhaustivo de las dinámicas políticas y sociales de la guerra en Colombia. Mi intención al escribir este ensayo es hacer audible el silencio que rodea a las incontables víctimas de las masacres en Colombia, opción que muy probablemente relegue a un segundo plano las motivaciones sociales y políticas que hayan podido tener

los autores de estos hechos. Pretendo con ello, delinear los contornos de una inhumanidad que ha alimentado las tecnologías del terror en Colombia. Un terror que ha marcado con tinta indeleble el cuerpo y la conciencia de miles de ciudadanos, a lo largo de más de medio siglo. A través de este texto, le cedo la palabra a los miles de colombianos y colombianas que lucharon por conservar su condición humana en los espacios del terror. El espectáculo que conforman una serie de cuerpos mutilados, que han quedado esparcidos por el suelo, fue descrito por un funcionario del Cuerpo Técnico de la Fiscalía General de la Nación como “un montón de carne.” Se refería con ello a los restos humanos que quedaron diseminados después de una de las tantas masacres ocurridas en los Montes de María. Dicha escena es una más entre las miles que se han vuelto casi cotidianas para los colombianos. Cualquier esfuerzo de mi parte por articular el significado de una violencia tan reiterativa e implacable, no permitirá que escapemos al impacto terrorífico y devastador de su presencia.

1ª PARTE.

EL ANTAGONISMO SOCIAL DURANTE LA VIOLENCIA

El núcleo problemático que caracterizó el período conocido como La Violencia (1946-1964), giró en torno a la relación antagónica entre dos comunidades o colectividades políticas, el Partido Liberal y el Partido Conservador. Estas se vieron envueltas en una guerra de exterminio que dejó un saldo de más de doscientos mil muertos y una enorme cantidad de mujeres violadas y de niños huérfanos. Como evento crítico, La Violencia se destacó por su magnitud, su cariz fratricida y por la impunidad que rodeó los actos atroces que se cometieron durante esos años. Fue una confrontación entre Liberales y Conservadores que, aunque permitió que las tierras cambiaran de manos mediante la expulsión de sus aterrorizados dueños, en lo fundamental no alteró la distribución general de la riqueza, ni las estructuras de dominación. Fue una guerra irregular que no tuvo caudillos, ni ideales y durante la cual se ejecutaron incontables masacres en las áreas rurales.

En su libro seminal “Bandoleros, Gamonales y Campesinos”, los investigadores Gonzalo Sánchez y Donny Meertens dan la palabra a los bandoleros en el proceso de construcción histórica de lo que fue La Violencia. Según ellos, La Violencia no debe ser reducida a una simple contienda bipartidista por la hegemonía, como tampoco se la debe mirar como una confrontación entre las clases dominantes que arrastró consigo a unas masas populares que pensaban que esa guerra no era la suya. Los bandoleros surgen en situaciones intolerables de opresión política pero carecen de propuestas políticas expresas. Su prestigio emana de sus proezas y de la imagen de invulnerabilidad que los campesinos construyen alrededor de ellos. Para Sánchez y Meertens los bandoleros colombianos dependieron demasiado del orden político imperante, de los partidos tradicionales y del clientelismo, vínculos que terminaron por ahogar sus rudimentarios intentos de rebeldía.

La Violencia fue la partera de la historia reciente del país y como evento crítico permanece latente en el inconsciente colectivo y alimenta muchas de las manifestaciones culturales de los últimos cincuenta años. Entre 1950 y 1960 fueron escritas numerosas novelas sobre el tema, así como relatos y cuentos, y se hicieron varias películas entre las cuales se destacan las del escritor Fernando Vallejo. Durante esas décadas, artistas plásticos como Fernando Botero y Alejandro Obregón, entre tantos otros, convirtieron el tema de la violencia en el leit motif de su obra. En el campo de las ciencias sociales se consolidó el grupo de los “violentólogos”, especialistas de varias disciplinas académicas que dedicaron sus energías investigativas e interpretativas al análisis del fenómeno. La Violencia fue, en términos del historiador Marco Palacios, el ámbito propicio para el surgimiento de formas entreveradas de resistencia campesina, de bandolerismo nómada, de negocios lucrativos, de clientelismo y de agrarismo. Sin embargo, su efecto más dramático fue la degradación de los fundamentos morales de la acción política.

Lo que se percibe en el estudio de La Violencia es una traumática imposibilidad, una persistente fisura que no puede ser simbolizada y que atraviesa el campo de lo social y de lo simbólico. Como si la relación antagónica entre Liberales y Conservadores durante La Violencia, y la de paramilitares y guerrilleros hoy en día, fuera una relación imposible entre dos términos, cada uno de ellos impidiéndole al otro lograr su identidad consigo mismo. Pécaut se refiere a las fronteras de lo social en Colombia en términos de algo no solo fragmentado y heterogéneo sino precario. Considera que las representaciones de lo social van de la mano con la angustia que suscita la irrupción de un algo externo que no se presta a un proceso de socialización. Ese algo externo es la violencia, a la cual Pécaut define como un defecto o exceso consustancial a lo social que priva a ese ámbito de cualquier principio de unidad interna. La Violencia como evento crítico y la violencia como fenómeno consustancial a lo social, son excesos y las masacres, con todos sus contenidos

atroces, son síntomas que de manera paradójica expresan ese exceso pero se resisten a la simbolización.

1. La relación antagónica entre Liberales y Conservadores

Según el historiador Gonzalo Sánchez, uno de los rasgos que más llaman la atención del caso colombiano son las paradojas y los dilemas con que se ha dado, a lo largo de la historia reciente, la relación entre guerra, nación y democracia. Dicha relación ha girado siempre en torno a la apropiación pacífica o violenta del territorio nacional. Las guerras del siglo XIX fueron el escenario de definición de las relaciones de poder. En ellas, lo que estaba en juego eran las jefaturas políticas, las candidaturas presidenciales y el control territorial. No era la toma del poder o el cambio del sistema lo que inspiraba a los rebeldes sino la posibilidad de participación burocrática y de incorporación al aparato institucional. La impresión que dejan todas estas guerras es la de una inquietante irracionalidad. De allí que las dos grandes fuerzas políticas, la Liberal y la Conservadora, se comporten no como partidos sino como subculturas de la vida cotidiana. Las guerras civiles terminaron en pactos horizontales y solo una de ellas fue ganada por los rebeldes. Su final -así como el de La Violencia- fue sellado en forma ritual con amnistías que pretendían definir el statu quo de los rebeldes derrotados, Estos, al cabo del tiempo, siempre morían asesinados. La amnistía o ley del olvido ha sido, según Sánchez, un recurso extremo del cual han echado mano varios gobiernos cuando las condiciones de polarización han llegado a un punto de “equilibrio catastrófico”, es decir, cuando las elites han sido incapaces de definir la guerra a su favor.

En Colombia, el problema de la cohesión interna del territorio surgió desde los inicios de la República como un problema de la nación. En efecto, a lo largo de su accidentada historia Colombia no ha logrado incorporar su espacio territorial a una idea de nación y el Estado ha sido incapaz de romper

las profundas desigualdades sociales existentes para ser reconocido por el conjunto de la población. La idea de nación que prevaleció desde la Independencia, se fue construyendo a partir de los intereses centralistas de las elites bipartidistas que despreciaron e ignoraron gran parte de los componentes culturales, múltiples y diversos, presentes a lo largo y ancho del vasto territorio nacional. Como en otros regímenes democráticos, en Colombia el vínculo entre nación y Estado lo garantizaron los dos partidos políticos tradicionales, los cuales sirvieron de puente entre las instituciones y esa comunidad de afectos llamada nación. Sin embargo, dichas articulaciones siempre estuvieron impregnadas de violencia.

El aparato estatal e institucional en Colombia se fue construyendo de una manera muy desigual, consolidándose en la región andina central y en una porción de la costa y de las llanuras del Caribe. Por fuera, y a la deriva, quedaron una serie de territorios periféricos que fueron colonizados en oleadas sucesivas. Estos quedaron a disposición de la acción contestataria de las poblaciones que habían sido excluidas. Hacia 1870 tres cuartas partes del territorio nacional estaban deshabitadas, dando lugar a lo que Palacios denomina un modelo clásico de “tierras sin hombres y hombres sin tierra”. A su vez, las poblaciones que quedaron libradas a su propia suerte fueron construyendo en esos espacios selváticos unos modelos sociales y militares alternativos al del Estado “nacional”. Esos modelos han oscilado entre la resistencia pasiva y la franca contestación y han estado liderados tanto por movimientos sociales marginales, como por grupos guerrilleros y paramilitares.

Durante la década de 1940, Colombia era uno de los países más pobres de América latina y muy aislado internacionalmente. Era un país agrario donde el setenta por ciento de los colombianos vivía en las áreas rurales. La sociedad rural estaba integrada por la economía doméstica, por la cultura campesina de las veredas y de las haciendas, y por la organización administrativa y comercial de los pueblos. Durante dicha década, el país estuvo centrado en confrontaciones políticas internas que venían en aumento desde la década de

1930. Estas alcanzaron su máxima expresión en 1948 cuando fue asesinado en las calles de Bogotá el popular líder del liberalismo Jorge Eliécer Gaitán. Aunque a finales de 1947 las relaciones entre Liberales y Conservadores eran críticas, fue a partir del asesinato de Gaitán que La Violencia se regó como pólvora por todo el país. La respuesta de los liberales al asesinato del líder fue una insurrección de vastas proporciones que fue contestada de manera violenta por el régimen Conservador que se encontraba en el poder.

2. Entre el populismo Liberal y fundamentalismo Conservador

En el desencadenamiento de La Violencia a nivel rural jugaron un papel central la beligerancia e intolerancia de las elites políticas y terratenientes que estaban afiliadas a las vertientes extremas de los dos partidos políticos. En efecto, los “gaitanistas”, partidarios del líder liberal asesinado, y los “laureanistas”, Conservadores partidarios del presidente Laureano Gómez, fueron los protagonistas centrales de un sectarismo político que no encontró punto de negociación. Fueron estas fracciones extremas las que protagonizaron la mayoría de los enfrentamientos ocurridos a lo largo de La Violencia. En varios departamentos del país, núcleos de “gaitanistas” sublevados a raíz de la muerte de su líder, encabezaron revueltas populares con tomas efímeras del poder local, constituyéndose en actores fundamentales de La Violencia. A su vez, estas revueltas fueron contestadas brutalmente por los “laureanistas” aliados con policías que eran afectos al régimen y conocidos como “chulavitas”.

Eran días de radio. En efecto, el papel que jugó la radio como medio masivo de comunicación contribuyó a difundir los objetos de la enemistad y a enajenar y escindir aún más a los campesinos Liberales y Conservadores que vivían a lo largo y ancho del país. Por la radio se transmitieron los discursos tanto de Gaitán como del presidente Gómez de tal manera que estos llegaron hasta los más apartados rincones de la república.



Los discursos de ambos líderes contribuyeron a profundizar la escisión que ya existía entre unas comunidades rurales que vivían en el aislamiento y que derivaban su identidad política de herencias familiares y territoriales.

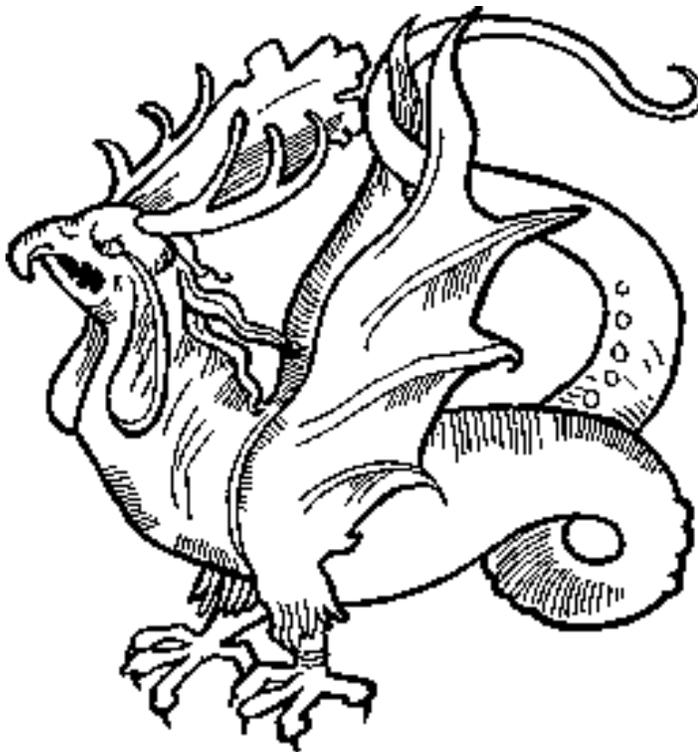
Desde distintas ópticas, tanto Gaitán como Gómez plantearon una distancia infranqueable entre el país político y el país real. Gaitán llamaba país político a la oligarquía y la definía a partir de la concentración del poder que detentaba un pequeño grupo de personas que laboraban para sus propios intereses y a espaldas del resto de la comunidad. Según Pécaut la oligarquía no implicaba para Gaitán una representación de clase pues con ese término se estaba refiriendo, más bien, a la concentración de la riqueza y del poder político. Designaba, eso sí, a un poder que se había vuelto ajeno para una sociedad a la cual controlaba de un extremo al otro. El otro país era para Gaitán el país nacional, el del pueblo, del cual él se sentía parte. No en vano afirmaba “yo no soy un hombre, soy un pueblo”. El país nacional si pensaba en la agricultura, la salud, el trabajo, la organización, y la dignidad humana. A diferencia de Gómez, Gaitán no alentaba la división entre Liberales y Conservadores sino la división entre el país político y el país nacional. Se valía

continuamente de metáforas que aludían a la polarización de la sociedad en términos de opuestos irreconciliables. Ilustraba la polarización con ejemplos tomados de las ciencias naturales. Decía, por ejemplo, que la existencia de las fuerzas contrapuestas de los partidos obedecía a un proceso de razón y de lógica social tan profundo como la existencia de las fuerzas negativas y positivas en la electricidad. Dicha polarización era tan necesaria para la existencia equilibrada de los pueblos, como era honda y valedera la razón de las fuerzas encontradas del amor y del odio en el gran drama de la sicología afectiva de los hombres. Ambos líderes aludían a la presencia subrepticia de un antagonismo social radical y ambos se referían al enfrentamiento entre los dos partidos como algo natural a la sociedad, como la oposición amigo-enemigo. Convertir la relación amigo-enemigo en el fundamento de la política crea, según Pécaut, las condiciones para que la misma relación invada lo social y circule en dicho ámbito sin mayores obstáculos.

Sin embargo, quien realmente planteó las relaciones entre Liberales y Conservadores en términos de antagonismo puro fue el presidente conservador Laureano Gómez. Para él, las dos colectividades políticas eran diferentes y antagónicas. Consideraba como un hecho que debía reconocerse con franqueza que la principal y casi exclusiva causa de división política entre los colombianos era la cuestión religiosa. Su visión de la política era muy cercana a la ortodoxia religiosa. Según él, las tendencias conciliadoras eran fruto del cansancio y del escepticismo de espíritus poco observadores. Cualquier alianza entre Liberales y Conservadores era, a sus ojos, una empresa imposible. Pécaut considera que cualquier alianza entre Liberales y Conservadores iría en contra de la imposibilidad planteada por Laureano Gómez de separar la violencia fundadora de la inscripción política ya que la primera es anterior al reconocimiento de las referencias simbólicas de lo político. La adscripción Conservadora se anunciaba simultáneamente como inminencia de la barbarie y como defensa contra la barbarie, introduciendo en lo social un principio de separación que por ser absoluto, era de hecho no social.

Laureano Gómez consideraba que los Liberales pertenecían no a un partido político sino a una masa amorfa, informe y contradictoria que el mismo describió valiéndose de la figura del basilisco. Dicha metáfora fue publicada por el periódico El Siglo el 27 de junio de 1949 en los siguientes términos:

En la contemplación del panorama político se encuentra el país absolutamente dividido en dos bloques. De un lado se halla el Partido Conservador que se singulariza en el continente entre todos los partidos porque ha logrado la obra insigne de eliminar de sus estímulos el caudillismo y el personalismo. El Partido Conservador colombiano tiene un programa y una doctrina, defiende unos principios. Bajo la doctrina conservadora, de una frontera hasta otra, todo colombiano sabe porqué es colombiano, profesa idénticas ideas, sirve los mismos principios.



El Basilisco

Frente al Partido Conservador está el partido Liberal que Gómez compara con la figura del basilisco:

Nuestro basilisco camina con pies de confusión y de inseguridad, con piernas de atropello y de violencia, con un inmenso estómago oligárquico, con pecho de ira, con brazos masónicos y con una pequeña, diminuta cabeza comunista pero que es la cabeza.

La metáfora del basilisco genera una representación maniquea del campo de lo político que facilitó la construcción de imágenes opuestas de los dos partidos políticos en términos de comunidades antagónicas e irreconciliables. Dicha representación no pasó desapercibida ya que algunos de los campesinos entrevistados se refirieron a ella. Cuentan estos que escuchaban fervientemente los programas de radio en los cuales los líderes se dirigían a sus copartidarios mediante discursos incendiarios. Estos programas eran seguidos al pie de la letra por miles de familias colombianas, contribuyendo e impregnar de odios políticos los espacios de sociabilidad campesina. En las zonas rurales las comunidades campesinas estaban adscritas a los partidos políticos tradicionales y se identificaban con estos. Eran identidades que funcionaban como cajas de resonancia que hacían eco a los discursos de los líderes.

3. La Cultura Política Campesina

El sociólogo alemán Georg Simmel decía que la observación de determinadas antipatías, pugnas e intrigas podría llevarnos a creer que la enemistad es una de aquellas energías humanas primarias que no se desencadena a partir de la realidad exterior de sus objetos sino que, por el contrario, crea sus propios objetos. Los mayores antagonismos surgen entre quienes se conocen y comparten rasgos culturales y no entre personas extrañas entre sí. Las personas que tienen muchas cosas en común se hacen más daño que aquellas que son extrañas, y esto sucede porque algunas veces las coincidencias que existen entre ellas se han convertido en sobreentendidos. La relación recíproca entre las partes no está determinada por los rasgos comunes sino por las diferencias

momentáneas. Habiendo entre ellas pocas diferencias, el menor antagonismo adquiere una importancia mucho mayor que entre extraños, mientras que éstos, los extraños, son percibidos como poseedores de todas las diferencias posibles. Como podrá verse más adelante, la descripción que hace Simmel se ajusta al tipo de relación que existía entre los campesinos Liberales y Conservadores durante La Violencia. En dicha relación pesaban más los rumores, las antipatías, las pugnas y las intrigas, es decir las diferencias momentáneas, que la familiaridad y la comunidad de ciertos rasgos culturales de identidad.

En una línea análoga a la de Simmel pero centrándose en la figura del extraño, Zigmunt Bauman describe a este último como aquel que se rebela contra el antagonismo que separa a los amigos de los enemigos, sin llegar a ser nunca ni lo uno ni lo otro pero con la posibilidad de ser cualquiera de los dos. El extraño es el arquetipo de lo indecible, de lo indeterminado, es quien pone en evidencia la fragilidad de las oposiciones, trayendo adentro lo que es de afuera y sembrando el desorden. El extraño está físicamente cerca pero permanece espiritualmente distante, ambigüedad que le permite introducir en los círculos de proximidad un sentido de alteridad que solo resulta tolerable siempre y cuando se lo mantenga a cierta distancia. Es esa capacidad de introducir adentro lo que está afuera lo que lo convierte en un agente desorganizador.

La figura del extraño tal y como la define Bauman resulta extrañamente familiar en un contexto como el de La Violencia en Colombia. Y no precisamente para ilustrar el abismo que separaba a los Liberales y Conservadores que se aniquilaban al calor de las consignas partidistas. La figura del extraño estaba encarnada en los “sapos”. Estos eran individuos del género masculino que aprovechaban el fragor de los enfrentamientos intra partidistas para delatar a miembros de su propia colectividad política. Los miembros de la comunidad que iba a ser delatada por el “sapo” conocían a este individuo, por ello, nunca tomaban las precauciones necesarias. Quienes se valían de sus servicios lo hacían porque consideraban que los integrantes del partido opositor

eran unos extraños a los cuales se les podía inflingir el máximo daño posible. El “sapo” es una síntesis incongruente entre cercanía y distancia. Se trata de un agente con una gran capacidad de contaminar ya que su sola presencia transforma a vecinos en extraños. Extraños también eran los sujetos políticamente ambiguos, aquellos que estaban al servicio de Liberales y Conservadores por igual. Entre estos estaban los “recalzados” y los “volteados”, sujetos que terminaban siendo asesinados por haber traicionado a los dos bandos. Los sujetos ambiguos cambiaban de filiación política inducidos por presión, por coacción o por conveniencia.

Antes de la implantación del capitalismo agrario y del auge de la urbanización, en las áreas rurales colombianas el sentido de pertenencia partidista que tenían los campesinos puede entenderse a la luz de dos conceptos. El primero de ellos es el de aislamiento social, al que hace alusión Harris en sus estudios sobre Irlanda del Norte. A la manera de algunas sociedades cuyos diferentes grupos mantienen relaciones cercanas pero permanecen esencialmente separados, la polarización entre Liberales y Conservadores recuerda situaciones muy similares a las que describe la antropóloga Rosemary Harris en su estudio sobre comunidades rurales en Irlanda del Norte. Allí, Católicos y Protestantes interactúan y mantienen relaciones cercanas pero permanecen extraños entre sí. Harris analiza la aparente paradoja que representa dicha situación y la considera como un caso de aislamiento social. En efecto, Católicos y Protestantes irlandeses comparten gran cantidad de rasgos culturales pero aquellos que no comparten son los responsables de las divisiones en la sociedad: las escuelas, los barrios, los juegos, ciertos espacios de sociabilidad y, sobre todo, los credos religiosos. En Colombia la situación ha sido aún más paradójica y más dramática que la de Irlanda del Norte pues los cerca de doscientos mil muertos que dejó La Violencia de mediados del siglo XX fueron en su inmensa mayoría habitantes pobres de las zonas rurales, católicos que iban a las mismas escuelas, frecuentaban los mismos espacios de sociabilidad y reconocían la misma

bandera y, lo más importante, pertenecían al mismo estrato social. Entonces, ¿que los separaba y los convertía en extraños?

El otro concepto es el de subcultura que ha sido propuesto por Pécaut. En sus términos, los partidos políticos colombianos son subculturas que generan concepciones incompatibles del orden social y que están fundadas sobre memorias familiares y locales que hunden sus raíces en las guerras civiles del siglo XIX. Estas dos subculturas están basadas, la Conservadora sobre principios trascendentes donde lo político y lo religioso se funden, y la Liberal en la voluntad popular. Según Pécaut decir que en Colombia lo político está constituido como subcultura equivale a admitir que la división tiende a ser insuperable y que es difícil hacerla pasar por el tamiz institucional. Durante La Violencia las comunidades de Liberales y Conservadores parecen haber sido antagónicas pero complementarias. Entre las muchas cosas que compartieron estaba la religión católica como sistema de creencias y de ritos. Y no solo eso, las comunidades estaban unidas por la institución social del compadrazgo que instauraba la reciprocidad entre ellas. Sus miembros frecuentaban los mismos espacios de sociabilidad, tanto masculinos como femeninos, y eran frecuentes los matrimonios entre miembros de ambas comunidades. Aquello que los separaba de manera irremediable era la adscripción a los dos partidos políticos. Según se deduce de lo anterior, sobre la cultura campesina y los comportamientos de sus miembros tuvieron gran incidencia el bipartidismo y el aislamiento social y ambos sistemas estuvieron impregnados por códigos violentos.

Durante las décadas de 1950 y 1960 el mundo rural en Colombia se asomaba tímidamente a los avances de la modernización, las comunicaciones entre la capital de la república y los diferentes departamentos eran muy precarias, geográficamente accidentadas, y en algunos casos inexistentes. Lo característico eran los caminos sin pavimentar y los senderos para mulas y caballos. En las áreas rurales los espacios de sociabilidad eran pocos y los campesinos los frecuentaban los domingos y días de fiesta cuando se

trasladaban a los pueblos. En efecto, durante los fines de semana los campesinos dejaban sus viviendas aisladas para desplazarse hasta las cabeceras municipales y pueblos cercanos, con el objeto de comprar y vender los productos agrícolas. Entre semana, en cambio, las mujeres se dedicaban a los trabajos domésticos mientras los hombres trabajaban en las labores agrícolas y hacían las reparaciones necesarias en las fincas de su propiedad.

El modelo de familia patriarcal que imperó durante la época de La Violencia, imponía ciertos códigos de honor que exigían la defensa y reivindicación de los agravios mediante el ejercicio de la agresividad. Tal y como lo afirma la antropóloga Virginia Gutiérrez de Pineda en sus escritos sobre la familia en Colombia, las pugnas partidistas se veían reforzadas por los códigos de honor, y viceversa, sumiendo a comunidades enteras en situaciones de violencia endémica. Los códigos de honor familiares también incidían en la relación entre hombres y mujeres y entre mujeres, obligando a los varones a defender a los miembros de la familia de las agresiones externas y dotándolos de una serie de derechos sobre las mujeres y los menores. En muchas partes de la región andina colombiana, el honor ha sido algo sagrado que se defiende con la propia vida y con la muerte del ofensor. En la socialización temprana la sociedad campesina alimentaba un ámbito propicio para que la agresividad masculina se mantuviera latente, impregnando las relaciones interpersonales. Las ofensas al honor, las burlas y las provocaciones disparaban la agresividad mientras que las heridas y las muertes profundizaban las distancias ya de suyo considerables entre Liberales y Conservadores.

En ese escenario de retaliaciones mutuas, la venganza de la sangre formaba parte del tejido social de lealtades primarias y esta, a su vez, se entreveraba con la identificación del campesino con su partido político. En efecto, la venganza alimentaba los sentimientos y servía de telón de fondo a muchos de los altercados. Como sucede con todas las sociedades en las cuales el honor juega un papel central, entre estos campesinos la familia de sangre hacía parte de la propia identidad. Debido a ello, cuando se quería eliminar a

alguien era frecuente el exterminio de toda su familia. Matar al enemigo suponía necesariamente matar a la mujer y a los hijos ya que dejar algún miembro de la familia vivo era exponerse a que éste, con el tiempo, se encargara de vengar a los suyos. Y esto último irremediablemente ocurría a menos que se formalizara verbalmente la voluntad de que no sucediera.

En un estudio reciente, Rhonda Copelon considera la violencia doméstica contra las mujeres como un sistema alternativo de control social paralelo al sistema legal formal. Se trata de un sistema de castigos personalizados que, en el seno de las sociedades donde priman las familias patriarcales, son vistos como normales. Los castigos y los golpes físicos pretenden domesticar a la mujer, obligarla a asumir una actitud obediente y restarle autonomía. Como en otros países del tercer mundo envueltos en conflictos internos, en Colombia la vida de las mujeres campesinas durante los años que duró La Violencia fue un asunto de supervivencia. El sistema de género encargado de la transmisión de los conocimientos y destrezas femeninas, se basó muchas veces en el castigo y el maltrato físico por parte de las madres a sus hijas. En las zonas rurales andinas las mujeres soportaron de manera abnegada y en silencio los castigos y privaciones que les impusieron sus madres quienes no hicieron más que reproducir el patrón de castigos que ellas, a su vez, habían sufrido. A ello se refiere Matilde, una de las mujeres entrevistadas:

Mi abuela tuvo veintiséis hijos. Se casó cuatro veces, la primera vez cuando tenía doce años y su marido tenía trece. Mi abuela era una mujer grandota y le pegaba a mi mamá estando ya casada y mi mamá se arrodillaba. Y yo pensaba: mi papá es el que viste a mi mamá, mi mamá vive en la casa de mi papá, ¿como es que mi abuela se viene desde tan lejos a pegarle a mi mamá? A mi me daba coraje, esta parte de arriba del vestido de mi mamá destrozado por el palo de rosa y mi mamá allá arrodillada en el patio, y nosotros siempre fuimos asustados mirando. Un día yo le alce un palo a mi abuelita y ella no le volvió a pegar a mi mamá, pero eso sí, nos maldijo y quien sabe si todavía nos caerá su maldición: “ha de permitir Dios que se case con un hombre que todos los días llegue borracho y barra la

cocina a cada instante con ella”, dijo ella. Pues si me sale así lo mato, le contesté yo, porque ya tenía coraje.

Poco hablaban entre si las mujeres, y menos aún de sus intimidades afectivas o de su vida sexual. Sin embargo, cuando se tomaban unos tragos afloraban algunos de sus secretos:

De esas cosas no se hablaba, dice Matilde, pero un día mi abuela se había tomado sus chichas y se le soltó la lengua y nos contó como había parido ella a sus hijos, sola, con las piernas abiertas y en alto contra la pared. Se apretaba tres veces el estómago hacia abajo hasta que salía la criatura y después con un vidrio de botella le cortaba el cordón. Se sacaba la placenta y la enterraba en un agujero que había cavado en el piso de tierra del cuarto para que esta “no cogiera frío”. Sobre tres piedras tenía una olla con agua y el amasijo que habría de comer durante los cuarenta días de la dieta.

Las mujeres crecían al lado de sus madres y abuelas y desde niñas realizaban trabajos pesados y permanentes. No había espacios para el juego ni la diversión y los continuos castigos corporales llenaban a las niñas campesinas de todo tipo de miedos. El miedo y el terror son elementos que están constantemente presentes en los relatos de las mujeres. Por lo general el miedo está relacionado con eventos familiares y con acontecimientos que no rebasan las fronteras domésticas, mientras que lo que suscita el terror es, por lo general, algo externo al ámbito familiar. Matilde se refiere al miedo que ella le tenía al castigo:

El miedo que yo le tenía a mi mamá cuando venía del pueblo; siempre llegaba con un palo en la mano. Que una no hubiera alcanzado a pelar el maíz, a cuajar la leche, que no estuviera todo barrido y ahí venía la golpiza. Mi mamá siempre tenía la razón. Yo tenía diez años cuando me volé por primera vez de mi casa...Es muy fácil que mi mamá diga, yo tuve diez hijos. Pero resulta que ella los engendró y los parió pero no los crió. Eso me tocó a mí por ser la mayor. Lloraba alguno de mis hermanos y yo me paraba, yo lo cambiaba, yo le calentaba algo en el fogón. Yo no le deseo eso a nadie. Una es pero muerta de cansancio y hay una ley: a una la llaman una vez, dos veces pero a la tercera vez

es el fuetazo. Y yo si le tuve miedo al fute y a que me colgaran. Mi abuelita decía que lo que nosotros estábamos viviendo no era nada comparado con lo que a ella le había tocado vivir. ¡Qué no viviría mi abuelita!

Durante los años que duró La Violencia, las noticias y rumores sobre asesinatos, masacres, mutilaciones corporales, robos de café y ganado, incendios de ranchos y parcelas, impregnaron de terror los espacios de sociabilidad. Era normal encontrar muertos entre los cafetales, en las acequias o a la orilla de los caminos. Matilde se refiere a esos hallazgos que circundaron su niñez:

Cuando íbamos a la toma de agua, tendría yo unos cinco años, siempre había uno o varios muertos y yo le preguntaba a mi abuelita: ¿Por qué hay muertos en la toma de agua? Y ella me respondía que había caído una enfermedad muy peligrosa que estaba matando mucho y que esos muertos habrían de volver. Los muertos para mí eran seres que debían volver y a los que no se debía tocar; hasta el día en que murió mi hermanita y la enterraron y yo le pregunté a mi papá si habría de volver como los muertos de la toma de agua, y el me respondió que si. Pasaron dos años y nunca volvieron ni mi hermanita ni el mulo que se le había muerto a mi papá. Y me di cuenta que me estaban engañando, que me decían mentiras.

Las cantinas, los bares y los prostíbulos eran los espacios de sociabilidad masculinos, mientras que el atrio de la iglesia y el mercado eran los femeninos. En estos lugares, los campesinos y las campesinas se enteraban de lo que sucedía más allá de sus veredas. Al igual que en Guatemala donde también se habla de La Violencia cuando se alude al conflicto político, en Colombia dicho fenómeno era percibido por los campesinos como una enfermedad contaminante que se colaba en sus vidas y las desarreglaba. A lo largo de las entrevistas, Matilde describe la atmósfera de terror que impregnaba la vida cotidiana de las veredas campesinas y de los pueblos apartados cuando entraban los integrantes del partido contrario a matar indiscriminadamente y a quemar las viviendas. En su extenso relato se refiere concretamente a su pueblo de

mayorías Conservadoras donde algunos individuos hacían sonar el cacho de venado para avisar y darle a la gente la oportunidad de huir despavoridos al monte o a los matorrales más cercanos. Al respecto cuenta Matilde:

Yo le tenía mucho miedo a ir a dormir al monte cuando tocaban el cacho. Siempre pensaba que nos iban a matar, como le había pasado a otra gente. También pensábamos que al volver nosotros del monte ya no tendríamos casa porque habíamos visto como habían quemado las casas del otro lado y la gente había quedado sin techo. En las épocas de La Violencia, el cura del pueblo le pagaba al bobo Dionisio para que tocara el cacho. Lo tocaba en un sitio donde lo oían los unos y los otros y todos corríamos para el monte pensando que venían los otros a matarnos. Ese cacho no lo puede tocar cualquiera porque tiene una tonada tan triste, son tres veces. Cuando de repente uno viene a Bogotá al desfile militar del 20 de Julio y oye esas trompetas, da terror así esté uno en medio de la gente.

A partir de su relato, Matilde establece un vínculo inquietante entre el sonido del cacho de venado, como símbolo del terror pueblerino, y el sonido de las trompetas militares que se tocan en las fiestas patrias. De esa manera, las memorias infantiles y familiares de mujeres campesinas como Matilde, que vivieron su infancia y su juventud huyéndole a La Violencia, se convierten en eco de memorias nacionales. Cuenta Matilde que cuando sonaba el cacho,

Uno soltaba el plato de comida y salía corriendo. Mis tíos se burlaban de mi porque yo me llevaba papas calientes y pasaba por donde los vecinos robándome los envueltos de maíz. Uno se aburría mucho en el monte boca arriba sin tener que comer. Mi papá fue el que descubrió que era el bobo el que tocaba el cacho. Como mi papá era arriero iba donde los liberales con carga y allá oyó decir que los Conservadores no dejaban dormir y se dio cuenta que a ellos les sucedía lo que a nosotros y fue y le dijo al cura: Ya está bueno que nos deje dormir a los unos y a los otros.”

Matilde describe como terceros actores en la confrontación aprovechaban el caos y el desorden para hacer de las suyas. Otros testimonios también corroboran lo dicho por ella, en el sentido de que no era tan cierto que los Liberales únicamente mataban a Conservadores y viceversa. Dice ella,

Hay algo que nunca he podido entender: porqué decían que eran los de las veredas Liberales los que venían a matarnos a nosotros los Conservadores, cuando yo había visto que era la Policía la que robaba y mataba? Mis tíos nunca supieron responderme cuando les preguntaba sobre esto. Ellos eran Conservadores. La Policía era la que llegaba a robar y a llevarse las armas, porque nuestra vereda fue una vereda muy armada. Venían del pueblo y llegaban a la madrugada, siempre buscando a alguien. La policía, hasta donde yo recuerdo, es lo mas salvaje y lo mas miserable.

La extrañeza que siente Matilde ante ese tipo de comportamientos por parte de la fuerza pública es muy similar a la que se tiene cuando se leen algunos expedientes judiciales y se constata que muchas de las masacres que se cometieron durante La Violencia no obedecen a la dicotomía que separaba a Liberales y a Conservadores. Lo anterior parece apoyar una de las tesis de Pécaut quien considera que las divisiones partidistas no eran más que el argumento aparente de una fragmentación radical de lo social. Para este autor, la violencia como fenómeno consustancial a lo social es un exceso que está presente bajo la forma de una división política que no remite aparentemente a nada más que a ella misma. Por ello considera que la unidad de La Violencia como evento solo puede ser analizada con referencia a lo político, lo cual no significa que la división partidista haya subsistido siempre idéntica a si misma. Cree Pécaut que en cualquier momento se puede producir un nuevo desciframiento de esta división que conduzca a que lo político sea directamente percibido como violencia.

4. El bandolerismo durante La Violencia

Al igual que en Irlanda, en Colombia también ha prevalecido una larga tradición de rebeldía y pugnacidad campesina que se remonta a las múltiples guerras del siglo XIX, atraviesa las guerrillas liberales de la primera mitad del siglo XX, y se extiende hasta los grupos insurgentes contemporáneos. Desde comienzos de la década de 1950, familias campesinas liberales y comunistas se declararon en contra del régimen conservador. Conformaron destacamentos armados con el fin de colonizar algunos parajes selváticos, induciendo a sus pobladores a unirse a sus filas. Estos fueron los enclaves que dirigentes conservadores de la época de La Violencia denominaron “repúblicas independientes” pues no se plegaban a los mandatos de los partidos políticos tradicionales. Las “repúblicas independientes” fueron atacadas militarmente durante el gobierno conservador de Valencia en 1964 y sus sobrevivientes dieron origen, unos años más tarde, a la guerrilla marxista de las FARC. Los grupos insurgentes colombianos surgieron como manifestación armada de discrepancias y enfrentamientos con un Estado que nunca estableció alianzas fuertes con los campesinos y que solo logró distribuir entre estos un porcentaje muy bajo de las tierras disponibles. Sin embargo, aunque el objetivo inicial de los grupos insurgentes fue la destrucción del orden social dominante y del Estado que lo sustenta, la imposibilidad de lograr dicho objetivo en un mediano plazo, convirtió la lucha armada en Colombia en un modo de vida.

Dentro de la amplia y bien documentada tipología de bandoleros, establecida por Eric Hobsbawm, aparece el bandolero de sangre cuya lucha está circunscrita por los lazos de parentesco y la comunidad que le da origen. Se trata de una forma que no perdura y que está llamada a desaparecer debido a su inserción en un sistema social que termina por aniquilarla en su paso hacia la modernidad. Los bandoleros son campesinos que actúan por fuera de la ley y a los cuales el Estado considera criminales, pero gozan de prestigio dentro de la sociedad campesina que los mira como héroes valientes que están al servicio de una causa justa.

Aunque el bandolerismo y la resistencia campesina liberal y comunista coexistieron desde el comienzo en Colombia, los investigadores Gonzalo Sánchez y Doony Meertens consideran que el desarrollo del bandolerismo corresponde a la fase tardía de La Violencia. Lo deslindan muy claramente del fenómeno de la resistencia campesina y de las guerrillas liberales y comunistas de la primera fase de la misma. Para ellos, el bandolerismo no debe ser considerado como un simple residuo de La Violencia sino como una expresión armada que caracterizó una de sus etapas. Achacan su existencia al continuo estrechamiento del espacio político del campesino alzado en armas.

Con la publicación de su libro en 1983, Sánchez y Meertens sientan las bases para el estudio del bandolerismo en Colombia, lo caracterizan como un fenómeno ambivalente y tortuoso y lo ubican en la encrucijada de la resistencia campesina. En su libro, introducen una nueva categoría dentro de la tipología propuesta por Hobsbawm, la del bandolerismo político. Consideran que los bandoleros políticos dependen de uno o de varios componentes de la estructura de poder dominante, concretamente de los gamonales y de los partidos políticos. Se trataría de campesinos que fueron maltratados y humillados por el exterminio decretado por los gobiernos Conservadores durante la primera etapa de La Violencia. Campesinos que al no poder organizarse de manera colectiva, harían suyas expresiones de extrema crueldad y sevicia. Sánchez y Meertens calculan que para finales de La Violencia en el país existían más de cien cuadrillas de bandoleros activas.

De acuerdo con lo anterior, podría pensarse que los bandoleros ejercieron un poder que no hizo parte de la estructura política formal, pero flotó entre sus segmentos. Durante La Violencia, el bandolerismo se caracterizó por invadir la vida cotidiana de numerosos pueblos y veredas campesinas de vastas regiones del país. Sin embargo, bandoleros no fueron todos los campesinos de las regiones azotadas por La Violencia. A partir de la muerte violenta de sus familiares y el posterior abandono de sus parcelas inducido por el terror, solo algunos individuos se vieron abocados a vengar a sus parientes muertos y a

llevar una vida trashumante. Tal modo de vida no los llevó a abandonar del todo sus vínculos con la tierra. Por ello, fueron jornaleros de día y bandoleros de noche. Su vida de bandoleros pudo ser esporádica al comienzo pero, poco a poco, terminó por invadir la otra vida, debilitando los vínculos con la comunidad de origen y fortaleciéndolos con la cuadrilla y con los individuos que servían de enlace en pueblos y veredas. En la medida en que crecía la capacidad criminal de los bandoleros crecía también su poder.

A raíz de las incursiones violentas que hicieron los policías “chulavitas” en las veredas liberales entre los años 1948 y 1952, la contienda bipartidista se fue expandiendo. Al calor de las afrentas, las muertes y las mutilaciones que se inflingían unos a otros, fue aumentando la acumulación del odio y la necesidad de venganza. Los campesinos que no se armaron terminaron siendo las víctimas de ese proceso de venganzas y retaliaciones. Estaban a la deriva debido a las prácticas de terror que imperaban en las zonas rurales, siempre en espera de ayudas gubernamentales que nunca llegaban y huyendo de sus parcelas por las amenazas de las cuadrillas. Cuando el acoso se volvía insoportable, migraban a los pueblos más cercanos y allí, arrimados donde un pariente o viviendo de la caridad pública, esperaban a que la normalidad retornara a sus veredas para regresar. Pero cuando regresaban, encontraban su casa y sus parcelas quemadas o saqueadas. A veces tenían suerte y éstas no habían sido destruidas pero estaban invadidas por extraños.

En la zona andina central del país muchos de estos bandoleros fueron jornaleros que vendían su fuerza de trabajo allí donde era requerida, en la recolección de café, de arroz, de algodón o de ajonjolí. En su relato, uno de ellos deja ver la extrema movilidad que caracterizó la vida de estos campesinos jornaleros, muchos de los cuales terminaron enrolados en las cuadrillas bandoleras:

Tengo veinticuatro años y soy hijo natural. No he hecho más que trabajar. Desde los ocho años empecé a hacerlo al lado de mi

padre, en la finca denominada San Telmo ubicada en la vereda Los Andes del municipio de Rovira. Yo le ayudaba a él a desyerbar, traer mulas, cargar plátano, picar caña, coger café. Estuve a su lado hasta los 17 años en que él faltó. Entonces, continué trabajando en la misma finca al lado de mi madre, a quien le correspondió una parte de dicha finca, y con ella estuve hasta hoy pues no la he desamparado. Hace más o menos cuatro años, mi madre y mis hermanos abandonamos la finca donde trabajábamos por motivo de la violencia. Estuve trabajando en la construcción de un puente en una carretera. Trabajé cogiendo café, desyerbando y desmatando. Estuve trabajando en una hacienda cogiendo café. Trabajé en otra hacienda. Me vine para mi pueblo cuando estuvo de alcalde el mayor NN, quien estableció un retén con soldados del ejército en una de las veredas. Tanto yo como muchos dueños de fincas regresamos a ellas a continuar trabajando y desde allí me encuentro trabajando en la finca de mi madre. Estudié unos seis meses en la escuela, con una maestra cuyo nombre no recuerdo. Aprendí a leer y a escribir regularmente y también a sumar y a multiplicar. A restar no aprendí. Aquí en mi pueblo me han llevado a la cárcel varias veces por asuntos de embriaguez. Cuando hay moneda en el bolsillo, tomo. Cuando lo hago, a veces duro hasta ocho días embriagado.

En Colombia se pueden distinguir tres tipos de cuadrillas bandoleras. El primer tipo corresponde a las cuadrillas grandes que tenían gran capacidad de movilización y amplia cobertura. Estas, por lo general, contaban con el apoyo de los campesinos en sus áreas de influencia. Eran grupos fundamentalmente masculinos, orientados por una identidad bipartidista. Sus motivaciones principales eran la venganza y la eliminación física de los adversarios políticos. Los ejemplos más representativos de este tipo de cuadrilla fueron algunas de filiación Liberal como las lideradas por "Chispas", "Desquite" y "Sangrenegra". Entre las de filiación Conservadora se destacó la de Efraín González.

Un segundo grupo lo conformaron algunas cuadrillas pequeñas, con una cobertura espacial restringida y originadas a partir de conflictos entre veredas vecinas y contrarias. El abigeato, la usurpación de tierras y el irrespeto hacia los linderos ajenos fueron algunos de los delitos castigados por este tipo

de cuadrillas justicialistas que contaban con el apoyo de algunos hacendados y políticos locales. El tercer tipo fue el de bandas pequeñas, integradas por unos cuantos individuos dedicados indiscriminadamente al pillaje, al robo y a cometer todo tipo de atropellos contra los campesinos. Estas bandas surgieron tardíamente hacia finales de La Violencia, y su cohesión interna fue muy precaria. Entre ellas cabe mencionar las de "Superman", "Póquer", "Almanegra" y "Mariposo", entre otras.

Un movimiento de doble sentido propició el surgimiento de muchas de las cuadrillas. Fue un hecho común que caciques políticos, hacendados y comerciantes las financiaran con el objeto de obtener protección por parte de ellas. Sin embargo, no en todos los casos fue claro ese enlace. Hubo bandoleros actuando por voluntad propia y con objetivos difusos, operando sin el apoyo y la simpatía de sus copartidarios pues muchos de ellos sólo buscaban saquear, apropiarse de la cosecha ajena, y aterrorizar a la población campesina. En uno de los expedientes judiciales consultados un declarante afirma:

Las cuadrillas de bandoleros, dirigidas desde oscuros sectores de las ciudades y de los pueblos, hacían incursiones nocturnas y atacaban en forma sistemática e inmisericorde las grandes y pequeñas fincas cafeteras. Luego, la gente iba al exilio, dejando atrás las fincas en completo abandono. Sin embargo, la cosecha se perdía pocas veces porque manos incógnitas la recogían siempre.

Las cuadrillas estaban integradas por familiares que podían ser padres, hijos, hermanos, tíos, sobrinos, compadres, ahijados y por algunos amigos y conocidos. Operaban bajo el mando de un jefe natural y de varios lugartenientes o colaboradores cercanos cuyas funciones variaban según el tamaño y el grado de cohesión interna del grupo. Los jefes de las cuadrillas surgían por sus hazañas y su coraje y sus subalternos los temían y respetaban. A ellos les correspondía la mejor parte del botín, por lo general las armas incautadas y las prendas e insignias militares que portaban los muertos. En cambio los radios,

los adornos personales como cadenas y relojes, los machetes y el dinero en efectivo se repartían entre los demás miembros de la cuadrilla. La repartición del botín daba lugar a escaramuzas y a peleas entre los miembros de la cuadrilla.

Varias fueron las funciones que desempeñaron los miembros de las diferentes cuadrillas. Entre estas cabe destacar la del “campanero”. Este era un individuo que se apostaba en un lugar con buena visibilidad, y avisaba a los demás miembros de la cuadrilla cuando alguien se aproximaba o había movimientos de tropa en la zona. El “cuidandero” era alguien que no participaba en los hechos de sangre. Se quedaba en un lugar apartado cuidando las vestimentas de los bandoleros mientras estos llevaban a cabo la masacre vestidos con prendas militares. Sin embargo, quien desempeñó la función mas importante fue el “sapo” quien servía como delator. Los “sapos” eran individuos que prestaban sus servicios indicándole a la cuadrilla quienes podían ser sus futuras víctimas. También se les conocía como “volteados” o “señaladores”. “Sapo” es una categoría que designa un rol ambiguo. Se refiere al individuo que aprovecha determinadas situaciones para conseguir favores entre los copartidarios y los opositores. Después de prestar sus servicios el “sapo” es asesinado, como lo constata el siguiente testimonio:

Siendo más o menos las cinco o seis de la tarde, estando en mi casa de habitación en reunión de mi marido, mi hermana y otras personas que acababan de llegar del trabajo pues estaban haciendo una platanera, la estaban desyerbando. Cuando ellos llegaron del trabajo a la casa, yo estaba calentando agua para hacerle un lavado a un mulo que estaba recién castrado y mi hermana iba a bajar la loza para servirles la comida, cuando los vio que llegaban al patio de la casa los sujetos a los que me refiero.....Es la gente del gobierno, no hay que correr. Cuando entraron a la cocina uno de ellos le preguntó a mi hermano: ¿Usted por quien votó? Y él le contestó: Yo voté por López (el candidato Liberal). Entonces le dijeron: Usted no es Liberal porque si fuera lopista no fuera sapo.....En seguida le pegaron un tiro en la cara con arma corta como revolver. Cayó sobre el lado

izquierdo, con la cabeza sobre la banqueta. Enseguida le dieron 5 o 6 puñaladas en el pecho, lo requisaron, lo voltearon y le dieron patadas. En tiempos anteriores mi marido tenía la política Conservadora y luego más tarde se declaró Liberal. Usted es un volteado, solían decirle.

La figura del “sapo” condensa toda la ambigüedad que puede implicar la relación entre unos vecinos que son extraños. A lo largo del período de La Violencia, el “sapo” se interpuso entre amigos y enemigos, desempeñando un papel mortífero y aún hoy en día continúa teniendo gran importancia simbólica en las prácticas de exterminio en Colombia. Es un individuo que al salir de las entrañas de la comunidad, se convierte en extraño, y al señalar a algunos de sus miembros para que sean exterminados los convierte a su vez en extraños. El “sapo” es, por lo tanto, una figura liminal y ambigua que señala a próximos, circula entre amigos y enemigos y pone en evidencia conductas que no convienen con las reglas del juego. Es resbaloso, a la manera del “slimy” de Mary Douglas, e inspira rechazo y odio entre próximos y ajenos.

Con el fin de llevar a cabo las masacres y los asesinatos colectivos, los miembros de la mayoría de las cuadrillas Liberales utilizaban prendas de uso privativo de las fuerzas militares. Los Conservadores, en cambio, actuaban vestidos de paisano y protegían su identidad detrás de una ruana y de un sombrero alón. En muy pocas ocasiones los bandoleros utilizaron máscaras para proteger sus rostros. Algunas cuadrillas conservadoras tiznaban sus caras con hollín para camuflarse y la gran mayoría de ellas llevaban a cabo sus incursiones entre las seis de la tarde y las seis de la mañana, amparados por la oscuridad.

La idealización de los criminales ha sido un rasgo muy frecuente en las sociedades rurales precapitalistas. Bandoleros de la época de La Violencia como “Chispas”, “Desquite”, Sangrenegra o Efraín González fueron objeto de veneración por parte de los campesinos. De allí la renuencia de las autoridades en dar a conocer los sitios donde fueron enterrados sus cuerpos. Al evitar que

los campesinos pudieran observar el cadáver del bandolero y constatar su muerte física, las autoridades militares contribuyeron a otorgarle a estos individuos un halo mágico que siempre los rodeó y un don de ubicuidad e inmortalidad que ha persistido con el paso de los años.

5. Los perversos “Chulavitas”

Entre 1949 y 1953, la policía “chulavita” llevó a cabo numerosas masacres que se caracterizaron por su sevicia y crueldad. De esta manera inauguraron una serie de prácticas atroces que, con el correr del tiempo, serían adoptadas por los bandoleros Liberales y Conservadores. Los “chulavitas” provenían del departamento de Boyacá y por lo tanto no conocían a quienes debían ser eliminados. Por ello se valieron de caciques y terratenientes Conservadores locales con el objeto de identificar a sus víctimas. Algo que caracterizó a esas masacres tempranas realizadas por los “chulavitas” fue su carácter mítico pues no fue posible reseñar con certeza a ninguna de ellas. Son eventos que permanecen inscritos en la memoria colectiva de los campesinos que habitan las regiones donde tuvieron lugar. Varias de ellas tuvieron como escenario los departamentos del Tolima y el Valle del Cauca, zonas donde el gaitanismo fue muy beligerante.

Dentro de las tácticas utilizadas por estos policías para exterminar a los campesinos Liberales se pueden mencionar el chantaje, las golpizas públicas con la parte plana del machete, conocidas como aplanchadas, los cortes y mutilaciones corporales, el incendio de casas, parcelas y animales domésticos y los mensajes anónimos amenazantes. Entre las masacres “chulavitas” que más recuerdan los campesinos se puede mencionar la de El Topacio, escasamente reseñada por los autores del libro *La Violencia en Colombia*. Esta tuvo lugar en 1952 y en ella murieron asesinados cerca de ochenta campesinos Liberales que fueron amarrados por el cuello y despedazados a machete. Varios niños fueron arrojados a la caldera de un trapiche. La masacre de Guadualito que tuvo lugar

en el año 1950 y dejó veintisiete muertos Liberales. Otra masacre ocurrió en un sector del municipio de Santa Isabel, en el Tolima, de mayorías conservadoras. Durante esta fueron asesinados ochenta y dos varones, una mujer y cuatro niños sin que se conozcan detalles de la misma. La del Llano de Cuira, ocurrida en 1953 con un saldo mortal de cuarenta y ocho campesinos Liberales.

Sin embargo, la masacre que tuvo mayores dimensiones, y sobre la cual existen muchas versiones, la realizó el Ejército en febrero de 1953, entre las ocho y las nueve de la mañana. Los procedimientos empleados en esa ocasión se asemejan mucho a los que utilizan actualmente los paramilitares: congregar a la gente en la plaza del pueblo, separar a los hombres de las mujeres y los niños, y mandar a estos últimos a que se encierren en sus casas mientras tienen lugar los hechos de sangre. Todo ello estuvo acompañado por robo y saqueo de las pertenencias de los campesinos. Como diría un Conservador que fue testigo de dicha masacre “con ese asesinato en masa, esto se dañó del todo”. Con sus métodos bárbaros y siniestros, los “chulavitas” implementaron una ruptura real y simbólica tanto del tejido social como del cuerpo humano.

A partir de estos hechos y del terror que suscitaron entre los Liberales, muchos campesinos de esa filiación política optaron por armarse con el objeto de defender a sus familias. De esta manera buscaron superar el terror y vengar a sus parientes asesinados. Como respuesta a la violencia de la que fueron objeto, los bandoleros Liberales se valieron de un mecanismo que propició el desbordamiento de la propia violencia. Me refiero al mandato del “ojo por ojo y diente por diente” o ley del talión. Respondieron a la agresión con las mismas armas empleadas por sus agresores, es decir cometiendo masacres, haciendo mutilaciones en el cuerpo de sus enemigos y quemando sus propiedades. En síntesis, aplicaron la misma ley de exterminio.

6. El problema de la Alteridad

Durante La Violencia, la identidad política tanto de Liberales como de Conservadores fue un asunto de antagonismo y no de contradicción o de oposición entre ellos. Tanto los unos como los otros no lograban su identidad consigo mismos sino a partir de la destrucción del Otro. Aquí resulta útil la acepción radical del concepto de antagonismo social utilizada por Žižek: no es el Otro el que impide la realización plena de la propia identidad. Cada identidad ya está marcada por una imposibilidad y el enemigo externo no es más que el objeto sobre el cual se proyecta esa intrínseca incapacidad. En Colombia, dicho antagonismo tiene raíces históricas pues las veredas políticamente contrarias habían heredado sus lealtades partidistas de las guerras civiles del siglo XIX. Eran mundos paralelos que mantenían su polaridad debido a la existencia de una serie de estereotipos, contruidos a partir de los rumores que circulaban entre los campesinos, y de los relatos que se heredaban de padres a hijos.

En un trabajo reciente el historiador Fernán González analiza las solidaridades que podían expresar la identificación del individuo con un determinado partido político. Según dicho autor, en Colombia las experiencias políticas concretas como el voto popular, la participación en puestos públicos, el haber peleado en alguna de las guerras civiles o la consecución de favores personales, eran factores que convertían a esas comunidades imaginadas que eran los partidos políticos en entidades más cercanas al afecto y a las memorias de la gente. El aislamiento social facilitaba que tanto Liberales como Conservadores se constituyeran en sujetos políticos no en su relación con sus opositores sino en la ausencia de relación con ellos. A partir de los encuentros armados entre miembros de los dos partidos, pero fundamentalmente de los muertos que estos dejaban, la relación entre unos y otros se encarnaba y quedaba marcada por la venganza. De esa manera, los muertos de uno y otro bando se convertían en mandatos culturales que obligaban a los varones a tomar represalias que sellaban con sangre tanto la identidad partidista como la enemistad intra partidista. En el proceso de construcción de las identidades y alteridades políticas durante La Violencia fue determinante la conmoción

experimentada por el pueblo Liberal ante el asesinato de Gaitán y la posterior contestación violenta de los Conservadores contra los gaitanistas sublevados.

Los campesinos manejaban una particular noción de la alteridad que quedó impresa en las imágenes y en los nombres con que se referían a los Otros, sus enemigos. Al parecer, el enemigo era una entidad física separada que no lograba deslindarse completamente de ellos mismos debido a que en el Otro estaba proyectado lo negativo propio. La carta que el bandolero liberal Teófilo Rojas, alias "Chispas", le envió a "Mariachi", su jefe natural, y que fue publicada en el libro "La Violencia en Colombia", es un documento autobiográfico de extraordinario valor para entender el problema de la alteridad. Tal y como lo sugieren Sánchez y Meertens, "Chispas" tipifica la trayectoria personal y política de los hijos de La Violencia a partir de una infancia infame durante la cual el joven bandolero tuvo que presenciar, en medio de la impotencia, la violación de una prima suya por parte de los "chulavitas". Según sus propias palabras "a ella la cogieron en presencia de los padres y le hicieron cosas que mas bien no quisiera recordar". En la mencionada carta, "Chispas" se refiere en repetidas ocasiones al pecado de ser liberal para terminar hablando del delito de serlo:

por el único pecado de ser Liberales,
el pecado general de ser Liberales,
por el único delito de ser Liberales.

Lo anterior deja ver que debido a la persecución a la que fueron sometidos, los Liberales perseguidos se sentían manchados, sucios y contaminados por el hecho de serlo y dicho sentimiento queda patente en la carta de "Chispas". La construcción de la alteridad estuvo mediada por la implementación de un mecanismo que introducía entre los bandoleros altas dosis de delirio persecutorio. Ante la imposibilidad de verbalizar su rabia y su agresividad y de encontrar instancias judiciales que impartieran justicia, Liberales como "Chispas" se valieron de un mecanismo inconsciente que les permitió proyectar

sus sentimientos destructivos en el Otro. De esta manera el Otro se convertía en depositario de odio, agresión y rabia, hasta transformarse en perseguidor. El Otro siempre era el malo ya que en él se había proyectado la propia maldad. En términos de los Liberales, los malos eran los Conservadores y los “chulavitas” a quienes “Chispas” se refería con los siguientes términos:

esas gentes tan malas,
 esos malvados no contentos con tanto mal,
 tanta gente tan mala,
 esos bandidos sin dios y sin ley,
 no sabíamos donde meternos para defendernos y para alejarnos
 de tanta ferocidad,
 buscando la manera de estar protegidos y lejos de tanto mal.

La bondad, en cambio, siempre era propia. Los jefes eran buenos, protectores, distribuían el botín, eran generosos. Todos los actos de violencia ejecutados por los jefes, aun los más atroces, eran mirados como actos legítimos. Al respecto dice “Chispas”:

nuestros buenísimos jefes,
 hombres en verdad buenos,
 a esos buenos hombres,

Las palabras anteriores las utiliza “Chispas” para referirse al cruel y despiadado Arsenio Borja, su jefe, de quien más adelante dice:

Y en cambio Arsenio continuó haciendo males por donde quiera que pasaba, iba terminando con todo lo que encontraba, sobre todo tratándose de policías, ejército, godos y pájaros; es un consuelo y gran alivio darles como matando culebra y lo decía con tanto gusto que se saboreaba como cuando hablaban de una buena comida; no estaba tranquilo cuando no estaba haciendo aseo al mal.

Se nacía Liberal o se nacía Conservador. Pero, ¿cuál era la realidad sentida por los campesinos respecto a esta pertenencia? En su reveladora entrevista Matilde

describe ese aislamiento social que impregnada las relaciones entre ambas comunidades:

Nuestro pueblo estaba dividido en diez veredas, cinco liberales y cinco conservadoras. Nosotros éramos conservadores y los liberales eran los extraños, los que vivían al otro lado del pueblo. Eran la gente a la que uno le tenía miedo, eran la gente de allá. No es que fueran extraños porque uno sabía quienes eran, pero eran gente mala. Si uno cruzaba al otro lado de la vereda, allá decían lo mismo de nosotros. Para ellos, nosotros también éramos raros, éramos matones. Las veredas nos separaban; los liberales no se juntaban con los conservadores y eso era lo que nos dividía. Se vive en paz donde no hay revoltura. Las matanzas son en los pueblos revueltos. Hay mucha zozobra cuando se está revuelto.

La primera parte del testimonio anterior es muy elocuente. Durante La Violencia el enemigo era un extraño y al mismo tiempo era un conocido, era alguien que vivía muy cerca y del cual se estaba irremediamente separado por una calle, un barranco o un río. Sin embargo, dice Matilde, se vivía con mucha zozobra en los pueblos revueltos, es decir en aquellos pueblos donde convivían miembros de los dos partidos, y agrega que en esos pueblos era donde ocurrían los asesinatos. La similitud con lo que sucede en pueblos y ciudades de Irlanda del Norte es asombrosa. Allá también se vive con mucha zozobra en los barrios mixtos, que son pocos pues, por lo general, la comunidad mayoritaria termina por expulsar a los miembros de la comunidad antagónica y minoritaria. El sentimiento de un Liberal respecto a su pertenencia partidista no era muy diferente al de un Conservador, según se deduce de la entrevista realizada por Arturo Alape a un campesino de esa filiación:

Toda la familia de nosotros era Liberal y los que iban naciendo pues también Liberales. Mi papá, mi mamá, mis tíos, una interminable cadena de la cual nadie escapaba. Era como un nudo de pura tradición. Eso ya estaba escrito, digamos, en el

destino de uno y de todos como señal de la cruz que a la fuerza siempre se llevaba en la frente.

Pero no sólo se heredaba la pertenencia partidista, también se heredaba la inclinación por las armas. En efecto, son varios los casos de guerrilleros liberales que heredaron su inclinación por las armas de un abuelo, una abuela o un tío abuelo que habían sido combatientes en la guerra de los Mil Días, a finales del siglo XIX. Lo mismo sucedía con las armas. Las escopetas de fisto y los viejos fusiles Remington de las guerras civiles fueron desenterrados por los guerrilleros Liberales y por los bandoleros durante La Violencia y utilizados en los primeros enfrentamientos. Según cuenta Alape, el abuelo de Manuel Marulanda Vélez, alias “Tirofijo”, actual comandante de las FARC, fue corneta en las filas liberales durante la Guerra de los Mil Días. Jaime Guaracas, miembro del Secretariado de las FARC, era nieto de Viviana Duran, una activa auxiliadora de las huestes Liberales durante la misma guerra.

7. Guerra de Símbolos y de Signos

Allí donde imperaban el analfabetismo y el aislamiento social, la cultura política no estaba cimentada sobre la base de creencias comunes sino de prácticas preformativas estereotipadas. Los símbolos tenían una fuerza notable, al igual que ciertas palabras que eran proferidas en ocasiones especiales por Liberales y Conservadores. A juzgar por los datos consignados en los expedientes judiciales de la época, los miembros de las dos colectividades políticas no distinguían entre las palabras y los hechos. Estaban atrapados por un lenguaje de confrontación cimentado en códigos como la venganza y la defensa del honor. Ciertos gritos como los “vivas” y los “abajos” se pronunciaban bajo los efectos del alcohol, en espacios específicos como bares y cantinas donde, en medio de múltiples tensiones, socializaban los miembros de las dos colectividades. Los mismos gritos también eran proferidos antes y

después de las incursiones violentas y en corrillo, durante los días de votación. Al proferir estas frases, los miembros de ambas colectividades políticas estaban afirmando con el “viva” y negando con el “abajo”. Eran gritos que materializaban la identificación del sujeto con su partido político, estableciendo un vínculo significativo entre la palabra, quien la profería y el partido al que se pertenecía. Sin embargo, dichas palabras no eran de uso exclusivo de los bandoleros pues los campesinos comunes también las utilizaban para sentirse y hacer sentir que pertenecían a un determinado partido. La utilización de los “vivas” y los “abajos” transformaba el contexto en que se pronunciaban en un campo de batalla. Gritar "viva el partido liberal" entre Liberales producía euforia y reafirmaba la identidad partidista, mientras que gritarlo entre Conservadores producía disputas, amenazas y posiblemente muertes.

Para los campesinos Conservadores lo político y lo religioso estaban íntimamente ligados y esa ligazón se materializaba en un color específico, el azul. Azul era el color de la virgen de la Inmaculada Concepción, el color del Partido Conservador, del cielo y uno de los colores de la bandera nacional. En cambio los Liberales, que también eran católicos, no asociaban la simbología partidista con la religiosa. El rojo que los identificaba también hacía parte de la bandera nacional. Tenía otras asociaciones pues los Liberales eran considerados revolucionarios y ateos por los Conservadores.

Durante muchos años la persecución partidista en las áreas rurales se redujo a destruir los símbolos del adversario. Ponerse el pañuelo rojo que identificaba a los Liberales en un pueblo de mayorías Conservadoras, era un reto y una provocación que siempre dejaba muertos. Lo mismo sucedía con la palabra pues un “viva” o un “abajo” eran problema de vida o muerte dependiendo del contexto donde se pronunciaran. Al respecto cuenta Matilde:

Mi papá siempre nos decía: Ustedes nunca vayan a ir por un "viva" o un "abajo", porque de eso no vivimos. El nos contaba que allá en mi pueblo, unos conservadores cogían a la gente buena, sin malicia, como bobos o viejitos y les decían: vaya al pueblo y grite: Viva el

partido liberal. Al final, esos viejitos y esos bobos aparecían muertos.

Los cambios en las adscripciones partidistas no se daban por razones ideológicas sino por otras causas entre las cuales hay que mencionar la coacción, el sentido del honor y también el miedo. A lo largo de una de sus entrevistas el sociólogo Alfredo Molano registró el siguiente testimonio:

Yo ya tenía la cabeza caliente y estaba diciendo que ser liberal era muy difícil, que cualquiera podía decir "viva el partido liberal", pero que eso no era ser liberal. Y que lo mismo era ser conservador, que eso no era gritar "viva el partido conservador, viva Cristo rey" sino que lo que uno era había que sostenerlo de frente, que eso no era como hacían algunos que mamaban de las dos tetas, la de ganar y la de perder.



El Milagroso de Buga



La Virgen del Carmen

La mayoría de los bandoleros eran católicos bautizados que creían en agüeros y supersticiones. Para protegerse de las fuerzas que desencadenaban sus actos, siempre portaban consigo estampas de algunos santos, de la virgen del Carmen

y del Cristo Milagroso de Buga, así como escapularios y medallas que colgaban del cuello y alrededor de los tobillos. Algunos de ellos tenían tatuajes en los brazos y en el pecho. Otros cargaban una fotografía de la compañera en alguno de sus bolsillos.

El lenguaje utilizado por los bandoleros estaba constituido por una serie de palabras que conformaban un dialecto similar al de los presos o al de grupos marginales de la sociedad. Mientras llevaban a cabo sus depredaciones, maldecían, blasfemaban, amenazaban y decían palabras soeces. Ciertas frases antecedían y precedían las masacres:

Que vivan san Juan y san Pedro, que viva el partido Conservador;
Que vivan los caratejos del Tolima, viva el partido Liberal;
Viva Cristo rey, viva el partido Conservador;
Viva Cristo rey, ateos mal nacidos.

Otra de las características de las cuadrillas bandoleras fue la de dejar avisos, boletas o mensajes anónimos en el lugar de los hechos. Estos mensajes se caracterizaban por su pésima ortografía y por una deficiente redacción que los hacía, en ocasiones, ilegibles. Algunos de estos mensajes decían:

Señor alcalde: aquí le dejamos estos Conservadores en recompensa por los Liberales que mando matar. (Bandolero Liberal).
Perdonen lo poquito. (Bandolero de filiación desconocida).
Esto es para que sigan haciendo encarcelar la gente inocente que los Conservadores de la cárcel salen y los Liberales del cementerio no salen. (Bandolero Conservador).
Perdonen que fue de afán, yo no soy culpable de este crimen, la culpa la tiene Laureano Gómez que me enseñó a matar amarrados.
La banda fantasma vengará a los conservadores asesinados. (Bandolero Conservador)

8. Bordes imprecisos entre identidades humanas y animales

Las clasificaciones que hacemos de los animales no son un asunto de la naturaleza sino del lenguaje y de la cultura. Cada grupo humano considera que sus sistemas de clasificación son los únicos moralmente correctos, mientras que los de otros pueblos pueden no serlo. En un artículo muy sugestivo, el antropólogo británico Edmund Leach analiza los valores rituales que están implícitos en ciertas categorías animales y los vínculos que pueden existir entre los valores rituales y algunas reglas que prohíben matar y comer ciertas especies. Utiliza el concepto de *tabú alimentario* en un sentido general, abarcando toda clase de prohibiciones respecto a las diferentes especies, sean estas implícitas o explícitas, concientes o inconscientes.

Según Leach, la parte comestible de la naturaleza suele dividirse en tres categorías. En primer lugar se encuentran aquellas sustancias que son reconocidas como alimento y consumidas como parte de la dieta normal. El segundo lugar lo ocupan aquellas sustancias que son reconocidas como posibles alimentos pero que solo deben ser consumidas en determinadas ocasiones. Sobre estas recaen tabúes concientes, como sucede con el cerdo entre los judíos quienes lo reconocen como comida pero no lo deben consumir. Finalmente, están aquellas sustancias que definitivamente no son reconocidas como alimento y sobre las cuales recaen tabúes inconscientes. Respecto a esta última categoría, menciona a los perros, que para los ingleses y para la mayoría de los pueblos, definitivamente no son comida. Lo mismo sucede con las ancas de rana: en Francia son consideradas una delicadeza culinaria mientras que, para los ingleses y otros pueblos, las ancas de rana simplemente no son alimento. A partir de los planteamientos anteriores, es factible entender dos aspectos de la cultura que son cruciales: el sistema de clasificación del cuerpo humano, y las fronteras existentes entre el mundo humano y el animal.

Colombia es un país con una diversidad biológica notable y con gran cantidad de nichos ecológicos que se caracterizan por la riqueza y abundancia de su fauna y de su flora. Durante la época de La Violencia, cuando el país rural

era predominantemente selvático y agreste y la modernización no había transformado aún el paisaje, los animales salvajes hacían parte fundamental de dichos ecosistemas y muchos de ellos eran cazados y consumidos como alimento por los campesinos. Los animales domésticos, en cambio, hacían parte del entorno familiar. En las áreas rurales colombianas los campesinos mestizos en general, y los bandoleros en particular, establecían una relación muy inquietante entre tres sistemas significativos. El primero de ellos era la manera como concebían su propio cuerpo. El segundo correspondía al uso que hacían de determinados nombres de animales como alias, y el tercero a los mecanismos mediante los cuales animalizaban a sus enemigos. Los campesinos de la época de La Violencia concebían su propio cuerpo como una estructura que combinaba rasgos pertenecientes a tres especies de animales domésticos, los cerdos, las gallinas y el ganado vacuno. En dicho sistema de clasificación no aparecen ni nombres, ni atributos pertenecientes a especies salvajes.

Respecto al significado que tenían determinadas especies animales, es evidente que las fronteras entre el mundo humano y animal eran difusas y ello se percibe con más fuerza alrededor del tema de las aves. Entre los nombres utilizados por los bandoleros como alias, se destacan los nombres de aves. Estos fueron utilizados con el fin de apropiarse de atributos propios de estos animales como la velocidad y la destreza. Mediante procedimientos semánticos y miméticos, los bandoleros se convertían en aves y convertían a sus futuras víctimas también en aves para poderlas cazar. Establecían de este modo un juego perverso de representaciones y auto representaciones.

Por ejemplo, cuando se trataba de observar, de espiar o de seguirle los pasos a la víctima antes de proceder a matarla, los bandoleros utilizaban los mismos verbos que eran empleados por los cazadores. Estos verbos los siguen utilizando hoy en día los campesinos cuando salen a cazar aves: “pajarear”, “seguirle los pasos”, “espiar”, “pavear”, “palomiar”, “matar desde los matorrales”, “matar sin ser vistos”. Los cazadores utilizaban estos verbos para espacializar al Otro a partir de unos significantes que circulaban entre lo

humano y lo animal de una manera muy fluida. Tales operaciones encontraban su contraparte en la forma como se concebían a si mismos los bandoleros como cazadores. Si el Otro era transformado en un animal que podía ser cazado, quien lo cazaba se concebía a si mismo como alguien que actuaba con el sigilo y la destreza con que lo hacen los cazadores.

La faunalización fue un fenómeno generalizado entre los bandoleros durante La Violencia. La manera en que era concebido el Otro se materializaba a partir del empleo de determinadas palabras y del despliegue de procedimientos preformativos y, en el contexto de La Violencia, ambos procedimientos tuvieron consecuencias deshumanizantes e inhumanas. Los campesinos de La Violencia no concebían a sus enemigos como algo definitivamente diferente de los animales, y a la hora de matar tampoco diferenciaban a la víctima del animal. Al asignarle al Otro una identidad animal se lo estaba degradando para facilitar su destrucción y consumo simbólico.

Lo que parecen indicar los datos disponibles sobre la época de La Violencia es que en las masacres los bandoleros de ambas filiaciones estaban sacrificando lo que a su entender eran animales. Es evidente que los bandoleros no necesitaban degradar a sus víctimas para desmontar su identidad humana pues, a sus ojos, éstas simplemente no la tenían.

Para los bandoleros colombianos el alias era un significante que los representaba cuando, vestidos como soldados o policías y al amparo de la oscuridad, asesinaban a sus enemigos. Era una identidad que sustituía aquella que les era dada el día en que los bautizaban. La mayoría de los cuadrilleros, tanto Liberales como Conservadores, utilizaban uno o varios apodos o alias para identificarse. El alias podía representar a un personaje al que se admiraba y se quería imitar, o ser simplemente una alusión a un rasgo del carácter del bandolero. Tenía una propiedad mimética ya que por su intermedio el cuadrillero hacía suya una cualidad o destreza que muy posiblemente no poseía. Había ocasiones en que el alias le era impuesto al bandolero por sus compañeros de cuadrilla a partir de su apariencia física. La mayoría de las

veces, el alias aludía a un defecto físico.

Parece haber existido una relación estrecha entre el nivel de escolaridad de los bandoleros, y el papel que jugaron los alias. Entre los analfabetas absolutos, por ejemplo, este no sólo reemplazó al nombre de pila sino que lo suplantó totalmente, haciéndolo desaparecer. Entre aquellos bandoleros que ocupaban puestos de mando, el alias era escogido por su portador y no impuesto por los compañeros de cuadrilla. Los comandantes llegaron a tener hasta tres alias simultáneamente lo que les permitía escabullirse más fácilmente.

En los expedientes judiciales, y en otras fuentes documentales consultadas, se registran gran cantidad de alias con nombres de animales salvajes, semi salvajes y domésticos.



Pantera

Los animales salvajes preferidos fueron de procedencia europea y asiática como *Lobo*, *Pantera Negra* y *Zorro*, entre otros.



Caballo grande



Gata



Perro

Entre los alias que correspondían a especies domésticas se destacan los de *Caballo Grande*, *Ovejo*, *Gata* y *Perro*.



Borugo



Mono

Hay nombres de mamíferos de origen americano como *Borugo* y *Mono*.



Gavilán



Cardenal



Cóndor



Mirla



Perico



Golondrina



Tijereto



Águila negra



Canario

Nombres de aves salvajes como *Cardenal*, *Cóndor*, *Gavilán*, *Mirra*, *Perico*,

Golondrino, Tijereto, y Águila Negra. Nombres de aves domésticas como *Pollo, Canario, Pajarito, Pájaro Verde y Pájaro Azul.*

Sin embargo, no todo era animalidad en el mundo de estos campesinos vueltos bandoleros. También escogían nombres provenientes del folclor popular, de la Biblia o de héroes de la cultura popular mexicana a la cual accedían a través del cine mexicano que se proyectaba de tanto en vez en los pueblos. Entre los alias que hacían referencia a personajes de la Biblia, escogieron aquellos que encarnaban el mal como *Judas y Caín.* También se mencionan otros nombres relacionados con el catolicismo como *Dimas, Calvario, y Milagro* entre otros. Se mencionan varios nombres que destacan un atributo perverso o siniestro con el cual, posiblemente, se identificaba el portador: *Ave Negra, Sangre Negra, Alma Negra, Mano Negra, Sombra Negra, Cianuro, Rematador, Desquite, Veneno, Incendio, Sospecha, Peligro, Venganza, Puñalada, Maligno, Diablo y Hierba Mala.*



Mariachis

Hay alias que recuerdan figuras del folclor mexicano como *Mariachi* y *Charro Negro*, nombres de dos reconocidos campesinos, el primero liberal y el segundo comunista.



Tarzán



Piel Roja



Sultán



Supermán

Se registran nombres de algunos personajes provenientes de historietas populares como *Tarzán*, *Superman*, *Sultán* y *Piel Roja*.

También aparecen otros nombres que hacen alusión a un rasgo bondadoso o amable del carácter del bandolero, alias como *Campante*, *Saltarín*, *Tranquilo*, *Errante*, *Sereno*, *Nobleza* y *Prudente*.



Billete de 1 Peso, con las imágenes del Libertador y Santander



Billete de 5 pesos, con la imagen de Córdoba

Hay alias que aluden a próceres y a figuras históricas reconocidas como *Libertador, Nariño, Santander, Córdoba* y *Nerón*.

Otros alias eran portadores de un pathos ligado al sufrimiento y a la desesperación como *Suicida* y *Mala Suerte*. Nombres que hablaban de grandeza o de fuerza como *Gigante, Vencedor, Huracán, Triunfo, Brillante e Invencible*. Nombres que recuerdan defectos físicos de sus portadores: *Caratejo, Tartamudo, Media Vida, Arrugado, La Vieja* y *Peludo*. Algunos bandoleros prefirieron utilizar nombres que hacían alusión a su destreza o rapidez: *Espada, Flecha, Machetazo, Punto Fijo, Tiro Fijo, Puñalada, Zarpazo, Chorro de Humo, Puñalito, Metralla, Cartucho* y *Gatillo*, entre otros.



Marihuana

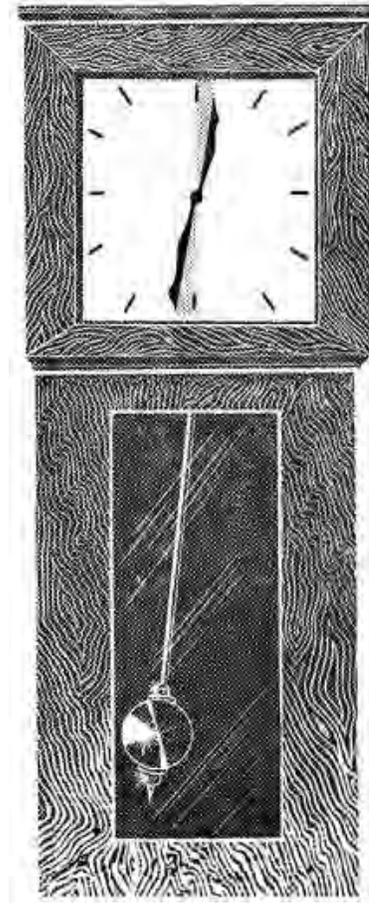


Cerveza

También se registran algunos alias que se refieren a vicios y a juegos, alias como *Póquer*, *Marihuana*, *Dominó* y *Cerveza*.



Lamparilla



Reloj

Por último hay que mencionar algunos alias que aluden a artefactos pertenecientes a la esfera de lo doméstico como *Crisol, Papel, Reloj, Carriel, Lamparilla y Merienda.*

2ª PARTE

LAS MASACRES COMO SÍNTOMA SOCIAL

La definición freudiana de síntoma nos dice que se trata de una cierta formación que solo existe porque el sujeto ignora alguna verdad fundamental sobre sí mismo y que, en cuanto el significado de esa verdad se integre a su universo simbólico, el síntoma se disolverá. El síntoma es, por lo tanto, aquello que queda sin simbolizar, algo que no debe ser puesto en palabras. Según Lacan, el síntoma aparece inicialmente como una traza que nunca dejará de serlo, algo que solo se podrá entender cuando el proceso psicoanalítico haya avanzado suficientemente. El significado del síntoma se construye retroactivamente, a partir del marco significante que provee el proceso psicoanalítico encargado de darle un significado simbólico al síntoma.

En las fronteras entre el Psicoanálisis y la Antropología pueden ubicarse algunos de los trabajos adelantados por antropólogos como Gananath Obeyesekere y Begoña Aretxaga, quienes utilizan de manera muy sugestiva el concepto de síntoma. En su trabajo sobre la protesta carcelaria en Irlanda del Norte, conocida como “Dirty Protest”, Aretxaga retoma el concepto de síntoma de Žižek con el objeto de leer la instrumentalización que los prisioneros republicanos hicieron con su cuerpo al utilizar sus propias heces como arma política en contra del régimen carcelario. Para dicha autora, las heces con que los prisioneros untaron las paredes de sus celdas, fueron un arma física y simbólica. Pero también eran el síntoma de su propia alineación, y un síntoma social que ella lee como reelaboración de la historia anglo-irlandesa. Es esta última lectura la que me interesa en relación con las masacres en Colombia pues es allí donde Aretxaga se refiere a la amnesia histórica y a la negación. Es al considerar las heces como un síntoma del desorden político de Irlanda del Norte que Aretxaga retoma la idea del síntoma como algo que se resiste a la simbolización.

Siguiendo una línea analítica freudiana, enriquecida posteriormente por Lacan, Žizek retoma el concepto de síntoma y lo traslada al mundo de lo social para hablar de los síntomas sociales. Considera dicho autor que cada ruptura histórica cambia de manera retroactiva el significado de las tradiciones y reestructura la narración misma del pasado, permitiendo una nueva lectura de los síntomas sociales. Para ilustrar su argumento, se vale del Titanic en su condición de residuo material que materializa un gozo imposible y terrorífico. Se refiere a los hierros retorcidos del naufragio como si fueran el remanente de un gozo petrificado. En síntesis, Žizek define el síntoma como una formación significativa particular y patológica, como una mancha inerte que no puede ser incluida en el circuito discursivo.

Las guerras internas en Colombia no han sido guerras regulares pues estas se han caracterizado por los ataques sorpresivos, generalmente nocturnos, durante los cuales los grupos armados atacan por sorpresa y matan a sus víctimas para luego replegarse a las montañas. Los procedimientos comunes de tales ataques han sido actos de extrema barbarie entre los cuales se pueden mencionar las masacres, las mutilaciones corporales, las violaciones y la tortura. El análisis de documentos que hacen referencia a las guerras civiles del siglo XIX permite corroborar que las masacres fueron prácticas comunes en dichas guerras y que estuvieron acompañadas por todo un repertorio de actos atroces. También se constata que, al igual que durante La Violencia, a los enemigos se los mataba de un tiro por la espalda para luego proceder a desmembrar su cuerpo mediante la ejecución de una serie de cortes que, muy posiblemente, se hacían post mortem. Tales comportamientos con el cuerpo del enemigo no han variado sustancialmente a lo largo de los dos últimos siglos, aunque es posible constatar que las mutilaciones contemporáneas se han desacralizado y han perdido sus contenidos rituales.

El siguiente relato hace parte de la declaración de Epifanio Morales en el Proceso seguido por el Consejo verbal de Guerra contra Gaitán Obeso y Acevedo, cabecillas de la rebelión de 1885. En él aparecen descritos los

procedimientos de mutilación característicos de las masacres del siglo XX:

Me acerqué y lo examiné cuidadosamente: las órbitas, de las cuales habían desaparecido los ojos, sólo contenían tierra y nada más. Un machetazo formidable, en la parte posterior del cuello, había separado casi la cabeza del tronco; al lado izquierdo de la cara, tenía otro machetazo que le desbarató la mandíbula desde la oreja hasta la extremidad de la barba. Un tercer machetazo en la espalda, lo cruzó de uno a otro lado, partiéndole la columna vertebral; otro más en los dos antebrazos que, a juzgar por la señal de las ligaduras que se marcaban en la piel, supongo que para no tomarse el trabajo de desatar un nudo, resolvieron abreviar la operación con el filo de un machete. Por último un balazo, recibido por la espalda, presentaba en el pecho una herida con la cual, a mi juicio, habría bastado para quitarle la vida. Digo que el balazo fue recibido por la espalda porque la herida de esta parte del cuerpo era doblemente pequeña con relación a la del pecho, y sabido es que la bala del Remington produce ese efecto. Y que si esa herida fue la primera que recibió la víctima, lo demás que se hizo, sólo ha servido para hacer odiosos a los victimarios, cuyos instintos feroces sobrepujan a los de la hiena.

La anterior descripción podría corresponder a cualquiera de los expedientes judiciales de la época de La Violencia o al relato de una masacre ejecutada por paramilitares durante la década de 1990. Independientemente de cual sea el contexto histórico que las circunda, poco parecen incidir las condiciones de modernización y urbanización que transformaron al país a lo largo del siglo XX. La persistencia de tales prácticas es la que da lugar a pensar que las masacres son síntomas de un antagonismo social que no ha encontrado canales de expresión dentro del pacto simbólico, por lo cual sus contenidos se resisten a la simbolización.

En Colombia, las masacres han sido fundamentalmente un asunto entre hombres pues, tanto los asesinos como la mayor parte de las víctimas, pertenecen a ese género. Las mujeres han estado presentes durante los hechos y ha sido testigos de excepción de los mismos, junto con los menores de edad.

Durante La Violencia, los autores de las masacres separaban deliberadamente a las mujeres y las ubicaban, junto con los menores de edad, en los límites del espacio sacrificial, por lo cual ellas generalmente oían, mas no veían lo que sucedía. El sufrimiento de las mujeres fue inconmensurable pues soportaron en silencio el asesinato a sangre fría de sus padres, esposos, hermanos e hijos. Ellas literalmente se escurrían de la escena de la masacre escapando, junto con los niños, por entre los cafetales y los sembrados próximos a la vivienda campesina donde ocurrían los hechos. Como se trataba de una cacería, los asesinos atrapaban a los varones, quienes eran sorprendidos de noche, mientras sus compañeras huían despavoridas.

Se desconoce cuantas mujeres fueron violadas durante los años que duró La Violencia. Lo que si sabemos es que con mucha frecuencia sus cuerpos aparecieron mutilados y desventrados entre las pilas de cadáveres que fueron fotografiados por los peritos en las morgues y en ciertos espacios públicos. Las violaciones no fueron masivas y sistemáticas como las que menciona Veena Das en sus estudios sobre el proceso de partición entre India y Pakistán. Sin embargo, fueron violaciones muy significativas por el silencio social que las rodea. Nadie en Colombia habla del sufrimiento que padecieron estas mujeres campesinas durante La Violencia.

A medida que uno va profundizando en los confusos hechos que anteceden y preceden a una masacre, a través de las declaraciones temerosas de sobrevivientes y testigos, del estudio de las miles de fotografías que reposan en los archivos de los diferentes periódicos y en archivos particulares, del análisis de los mensajes anónimos y demás documentos anexos a los expedientes judiciales, van tomando cuerpo sentimientos contradictorios y confusos. La ausencia de descripciones por parte de los autores de las masacres es notable. Ello se debe a la impunidad que rodea estos hechos y a que ninguno de los procesados confiesa haber cometido los actos que se le imputan. Ello contrasta con la enorme riqueza descriptiva de los diferentes relatos de quienes hablan, la mayoría testigos que sobrevivieron a la masacre. La ausencia de testimonios

directos por parte de los autores se ve compensada por la información que proporcionan segundos y terceros, los que vieron con sus propios ojos, y los que oyeron contar a los que vieron. Ante las fotografías de esos cadáveres desmembrados y mutilados, ampliamente descritos por quienes hacen las necropsias, surgió la necesidad de incorporar en el análisis teoría relacionada con la impureza y la contaminación, con la semiótica, con el simbolismo corporal y con el sacrificio.

1. Definición y Estructura Ritual de las Masacres

Una masacre es la muerte colectiva de varias personas provocada por una cuadrilla de individuos y caracterizada por una determinada secuencia de acciones. Durante La Violencia, las víctimas de las masacres se contaban desde cuatro y hasta cien y quizá más. Su escogencia estuvo orientada por motivos políticos, por venganzas familiares y, en algunos casos, por el simple azar. Los autores fueron grupos de personas armadas, relacionadas entre sí ya sea por lazos de sangre, por parentesco adquirido o por filiación política. Su número variaba de unos pocos individuos hasta más de treinta. Autores y víctimas de las masacres fueron, en general, pequeños y medianos campesinos que vivían aislados en sus veredas, inmersos en una economía cafetera que estaba integrada al mercado nacional e internacional.

Las masacres de La Violencia son actos rituales llevados a cabo al margen de las actividades cotidianas y con una secuencia de acciones que tenían un determinado orden. No fueron actos casuales ni fortuitos sino acontecimientos reiterativos por medio de los cuales sectores rurales marginados del ejercicio del poder, ejercieron una forma extrema de poder. Uno de los efectos que perseguían sus autores, era establecer, mediante la implantación del terror, un predominio partidista allí donde existía paridad entre los miembros de los dos partidos políticos. La extrema polarización que instauró el bipartidismo en las zonas rurales impidió las soluciones mediadas

por intermedio de terceros. Un tercero, que bien podría haber sido el Estado, estaba ausente y los individuos se veían obligados a resolver el conflicto hombre a hombre. La venganza alimentaba las masacres ya que la gran mayoría se llevaron a cabo para vengar la muerte de parientes asesinados en masacres anteriores. El intervalo entre una y otra podía ser de meses o de años. Como decía uno de los campesinos entrevistado por Alfredo Molano:

Las cosas van pasando de unos a otros, de los taitas a los hijos y eso ya no para. Uno ve que un día matan a uno y nadie sabe porqué. Pero uno que ya ha vivido sabe que fulano tenía rencillas con zutano, que este mató a un hermano de aquel hace 20 años, y esas venganzas quedan allí y de pronto salen. Por eso digo yo que la guerra no se ha acabado, es un animal que está vivo".

Es imposible establecer la ley de equivalencias que alimentaba la cadena de las venganzas. Por la muerte del padre, de la madre, de un hermano o de un hijo del jefe de la cuadrilla, era posible que se necesitaran muchas muertes del otro bando. Generalmente, el número de víctimas que debían sacrificarse para vengar la muerte de un pariente era mayor que el número de las víctimas que debían ser vengadas. Lo anterior parece sugerir una sobre valoración de los propios muertos y una subestimación de los ajenos. En la mayoría de los casos, si no podía vengarse la muerte de un pariente liquidando al autor material de dicha muerte, se escogían algunos copartidarios suyos que lo sustituían. Las sustituciones no sólo abarcaron a los familiares y a los copartidarios sino a todo aquello que estaba ligado con quien se deseaba liquidar, su mujer, sus hijos, sus animales, su casa y sus cosechas.

El seguimiento cuidadoso de los datos consignados en los expedientes judiciales permite distinguir en las masacres una secuencia de acciones que pueden dividirse en tres fases. La fase preliminar se iniciaba con los avisos y amenazas de muerte. Estos aparecían días antes de la masacre, en las veredas y en algunos sitios que eran frecuentados por los adversarios o miembros del

partido político contrario. Tal y como lo narra García Márquez en “Crónica de una muerte anunciada”, en Colombia los asesinatos siempre se presienten debido a los rumores que corren de boca en boca y de vereda en vereda. Cuando las víctimas eran desconocidas por los victimarios y habían sido escogidas simplemente por pertenecer al partido político contrario o por ser copartidarias de aquel a quien se deseaba matar, no había avisos previos. En ese caso era el “sapo” o delator quien le indicaba a la cuadrilla donde vivían sus futuras víctimas. También había casos en que las víctimas se escogían al azar, sin que importara su filiación política. Las cuadrillas solían merodear por las veredas y caminos por donde transitaban y vivían sus adversarios políticos y sus posibles víctimas. Para llevar a cabo la masacre, los bandoleros acudían a varias estrategias para protegerse y evitar que la violencia que iban a ejercer se volteara contra ellos. La más significativa de todas tenía que ver con el tipo de prendas militares que utilizaban, prendas que nunca eran las mismas indumentarias cotidianas. Las usaban, entre otras razones, porque propiciaban situaciones ambiguas que ellos aprovechaban a su favor. Las víctimas, creyendo que se trataba del ejército o de la policía, abrían la puerta de su casa, dejándolos entrar en vez de huir en estampida a través de los matorrales. Al respecto decía un testigo:

En la casa de los NN guardan los cascos y los uniformes. Llevan la comida envuelta en hojas de plátano. Ellos salen todos juntos a andar de noche y se ponen los vestidos y una cosa que se ponen en la cabeza con barbuquejo (el casco militar), y después vuelven y se los quitan y los guardan.

La utilización de prendas que no son las cotidianas tiene que ver con la necesidad que tenían los bandoleros de desprenderse de éstas una vez consumado el hecho pues quedaban manchadas de sangre. Estas eran enterradas o quemadas para hacerlas desaparecer. Otras estrategias de protección eran las de utilizar amuletos, escapularios y tatuajes, así como apodos y alias por medio

de los cuales se nombraban entre ellos mientras se llevaba a cabo la masacre.

La segunda fase se iniciaba cuando irrumpían los victimarios en la casa campesina donde vivían los supuestos enemigos. Dicho acto conformaba el espacio sacrificial. El escenario de las masacres era casi siempre el mismo: una vivienda campesina aislada, donde todos dormían porque era de noche, o estaban comiendo y se preparaban para ir a dormir. Los bandoleros entraban al patio de la casa, que normalmente se utilizaba para secar el café, y lo hacían algunas veces de manera silenciosa y otras descargando con fuerza las escopetas y los fusiles en el suelo. Siempre se anunciaban: "Abran, somos la ley". Por lo general llamaban al dueño de la casa por su nombre, dato que les facilitaba el "sapo", y el dueño de casa se despertaba y abría la puerta pensando que se trataba de policías o soldados que venían a hacer una requisa. Los primeros momentos eran de confusión absoluta. A punta de golpes las víctimas eran sacadas de los cuartos y ubicadas en el patio de la casa donde algunas de ellas eran sacrificadas. Un sobreviviente de una masacre perpetrada por conservadores relata lo siguiente:

A eso de las seis o siete de la noche, reunido con sus padres y demás hermanos en la cocina, después de haber salido de las faenas agrícolas a que estaban dedicados, y a la espera de que la señora Petronila, su madre, les sirviera la comida para luego retirarse a descansar, se presentaron intempestivamente alrededor de 8 individuos que iban cubiertos, enruanados y con sombreros oscuros agachados sobre la frente, quienes gritaron: "se jodieron collarejos, que vivan san Juan y san Pedro, viva el partido Conservador.

No había mucha diferencia entre la descripción anterior, y la forma como irrumpía en escena una cuadrilla Liberal:

Siendo más o menos las cinco o seis de la tarde, estando en mi casa de habitación, en reunión de mi marido, mi hermana y otras personas que acababan de llegar del trabajo que estaban haciendo una platanera, la estaban desyerbando. Cuando ellos

llegaron del trabajo a la casa, yo estaba calentando agua para hacerle un lavado a un mulo macho que estaba recién castrado y mi hermana se iba a bajar la loza para servirles la comida, cuando los vio que llegaban al patio de la casa los sujetos a los que me refiero. Es la gente del gobierno, no hay que correr....A mi hermano le pegaron un tiro en la cara, con arma corca como revolver. Cayó sobre el lado izquierdo, con la cabeza sobre la banqueta. En seguida le dieron 5 o 6 puñaladas en el pecho, lo requisaron, le dieron el bote y le dieron patadas.

La cuadrilla entraba a los cuartos de la vivienda campesina y sacaba a empellones a los hombres al patio. Al jefe de la casa lo amarraban a uno de los postes con un rejo, un alambre o lo que hubiera al alcance y era él a quien mataban primero de un tiro por la espalda. En seguida procedían con los demás miembros de la familia. Mataban por igual a hombres, mujeres y niños pero, en ocasiones, algunas mujeres con sus hijos lograban escapar por entre los cafetales y eran quienes daban aviso a las autoridades o a los vecinos. Eran ellas quienes posteriormente serían interrogadas por los jueces encargados del caso. Fueron esas mujeres aterrorizadas quienes nos dejaron sus pormenorizados relatos, consignados en los expedientes judiciales:

Siendo las ocho y media de la noche, cuando nos disponíamos a rezar el santo rosario, en compañía de mi esposo, mi papá, mi mamá, una menor de doce años de edad y mi niña pequeña de catorce meses. Estando yo sentada en la cama cargando la niña, y mi esposo a un lado, acariciándola, cuando papá llamó a mi esposo diciéndole que lo necesitaban afuera. El saltó inmediatamente y le preguntaron: ¿Quién vive aquí?, y él contestó: Antonio Rodríguez.; preguntaron luego: ¿De quién es esta finca?, y papá contestó: de Jesús Rodríguez. A ese entonces se oyó en el patio un ruido como de descargar armas de largo alcance, como fusiles o escopetas. En el mismo momento entraron al corredor varios hombres uniformados de vestidos de color verde, casco metálico de color verde y con armas de fuego que no pude ver si eran fusiles o escopetas; llevaban cinturones con cartucheras negras a la cintura y también había unos con una bandita, en la que portaban balas. Al tiempo que entraron al corredor uno de ellos dijo que iban a hacer una requisa. Uno de ellos se dedicó a pedirle el revolver en voz alta a mi esposo y él les decía que en la finca no tenía revolver. Ese mismo

que preguntaba por el revolver preguntó a cada uno de los que estaban en la casa, o sea, a mi esposo, mi papá y un trabajador, cómo se llamaban. Luego uno de ellos hizo pasar a mi papá de ahí de donde estaba sentado a una esquina del corredor, frente a la puerta que da salida para el patio; mientras que entró, arrancó la antena del radio, y al oír una voz en el corredor que dijo "ya", fue y amarró con la antena a papá, las manos por detrás. En ese momento nos empujaron hacia una pieza y desde allí vi cuando un hombre disparó a papá por detrás en la cabeza; estando en el suelo cuando vi que le hizo otro disparo y sentí el disparo que le hicieron a mi esposo y un grito muy fuerte lanzado por éste. Luego, los que estaban en la pieza custodiándonos nos quitaron los aretes a mi mamá y a mí y nos dijeron que les entregáramos la plata, el dinero y que no hiciéramos ruido porque nos mataban. Después fue uno de estos hombres y cogió a la menor para llevarla a otra pieza; se llevaron la niña para la pieza y yo no volví a saber de ella hasta pasado un rato que la condujeron los mismos. Ya después que se fueron los hombres nos contó la niña que estos hombres la habían estropeado...Me hicieron entregar la niña a mi mamá y me llevaron a otra pieza, donde dos hombres de esos abusaron de mi cuerpo. Luego uno de ellos me preguntó que si los muertos eran Liberales o Conservadores. Yo le contesté: No sé, y entonces me dijo: Váyase a ver a sus hijos.

Podía o no haber tortura previa a la ejecución. En las masacres ejecutadas por la policía "chulavita", las víctimas fueron torturadas de múltiples maneras, lo cual afectaba no solo a la víctima sino a sus allegados. A estos se les obligaba a presenciar los abusos y vejaciones o se les restregaba alguna de las partes del cuerpo de las personas asesinadas. Las torturas más comunes fueron amarrar a las víctimas con los brazos por detrás y colgarlas, hacerles zanjas con el filo del machete para que se desangraran lentamente y violar a las mujeres de la casa delante de los hombres. Durante el tiempo que duraba la masacre, los bandoleros proferían palabras soeces, amenazas y maldiciones. Mediante el uso de tales palabras, buscaban establecer una prudente distancia entre ellos y sus víctimas con el fin de evitar ser contaminados. Tales precauciones no dejan de ser paradójicas pues una vez muerta la víctima, los bandoleros no tenían ningún pudor en manipular su cuerpo y sacarle las entrañas. Lo más común era que a las víctimas se las matara de un tiro, lo que producía la muerte biológica por

anemia aguda y, acto seguido, se las remataba mediante la decapitación para terminar desmembrándolas. Este último procedimiento se hacía efectuándole al cadáver una serie de cortes "post-mortem" que terminaban por alterar completamente la morfología humana. Los cuadrilleros decapitaban al muerto porque éste quedaba con los ojos abiertos y esa mirada indicaba, según ellos, que la persona aún no estaba muerta. Hacían los cortes para que los sacrificados, según palabras de uno de ellos, "quedaran bien muertos".

A lo largo de todo este proceso, podía tener lugar un procedimiento que para la mayoría de los estudiosos de La Violencia ha pasado desapercibido. Se trata de un rito de paso iniciático mediante el cual los jóvenes reclutados eran inducidos a cometer atrocidades. En uno de los expedientes judiciales consultados, uno de los cuadrilleros experimentados le dice a un novato, entregándole un machete:

Tome, péguele una puñalada a cualquiera de los cadáveres para que se le quite el miedo.

Paradójicamente a quien se temía no era al enemigo vivo sino a su cuerpo muerto. Por ello, durante la fase final de la masacre el cuerpo de la víctima era sometido a todo tipo de procedimientos con el fin de desmembrarlo. A la escena final llegaban unos días más tarde los vecinos, parientes y autoridades locales. Estos encontraban una serie de cuerpos desfigurados, esparcidos por el lugar, vestigios de un antagonismo social ciego y aniquilador. Dicha escena podía corresponder a algo absolutamente caótico y desordenado donde los cadáveres se encontraban desmembrados, diseminados o apilados por todo el lugar. Pero también era factible encontrar escenas donde existía un orden intencional, una verdadera puesta en escena. En esta, los cadáveres habían sido ubicados por los bandoleros en fila, sentados o recostados, con las cabezas de los decapitados entre las piernas o sobre el vientre. Esta fase final también estaba marcada por la repartición del botín entre los bandoleros quienes, antes de abandonar el lugar, le prendían fuego a la casa para que los cadáveres quedaran calcinados.

Era común encontrar en el lugar de los hechos boletas firmadas por los autores de las masacres. Eran textos escritos en la parte interna de las cajetillas de los cigarrillos Piel Roja, sobre las paredes de la casa de las víctimas o en la corteza de los árboles. Haya existido o no una puesta en escena deliberada de los cadáveres con posterioridad a la masacre, la escena final planteaba un nuevo ordenamiento de las diferentes partes del cuerpo humano que sería visto por quienes se hicieran presentes en los días posteriores a la masacre. Este procedimiento buscaba, ante todo, aterrorizar a los habitantes de la vereda quienes huían abandonándolo todo.

2. Mutilaciones y Cortes. Una ruptura real y simbólica del cuerpo.

En *Crónica de una Muerte Anunciada*, Gabriel García Márquez se refiere a los tabúes que separan a los carniceros de los animales que sacrifican:

Yo habría de preguntarles alguna vez a los carniceros si el oficio de matarife no revelaba un alma predispuesta para matar un ser humano. Protestaron: cuando uno sacrifica una res no se atreve a mirarle los ojos. Uno de ellos me dijo que no podía comer la carne del animal que degollaba. Otro me dijo que no sería capaz de sacrificar una vaca que hubiera conocido antes, y menos si había tomado su leche. Les recordé que los hermanos Vicario sacrificaban los mismos cerdos que criaban y les eran tan familiares que los distinguían por sus nombres. Es cierto, me replicó uno, pero fijese bien que no les ponían nombres de gente sino de flores.

El tratamiento que se le dio a los cuerpos masacrados constituye todo un inventario de cortes y técnicas de manipulación, provenientes del mundo de la cacería. La carnicería familiarizaba a los campesinos con la carne de los animales, con sus partes vulnerables, las vísceras y el olor de la sangre. Existía una gran cercanía entre los animales domésticos y sus dueños, pues estos últimos dejaban que los cerdos y las gallinas circularan libremente por toda la casa y comieran los sobrantes que quedaban sobre el piso de tierra de la

vivienda. Los niños convivían muy de cerca con los pollos, los terneros y los cerdos pequeños. Sin embargo, tal familiaridad no solo era física pues, como se dijo anteriormente, las identidades individuales también se apropiaban de ciertos atributos animales mediante la utilización de determinados nombres. Sorprende el empleo de ciertos verbos para referirse indistintamente a los seres humanos y a los animales que podían ser cazados.

Mediante las técnicas de desmembramiento y mutilación, llevadas a cabo en la fase final de las masacres, el cuerpo humano fue sometido a una serie de transformaciones que se efectuaron con instrumentos cortantes como cuchillos, puñales y machetes. Los cortes practicados a los cadáveres alteraron completamente la disposición física de las diferentes partes del cuerpo de las víctimas. Entre estos se destacaron los siguientes:

Los ojos se sacaban de sus órbitas y se exhibían. Dicho procedimiento fue muy común en las guerras civiles del siglo XIX. Las orejas se cortaban y se utilizaban para contar el número de muertos. En las prácticas de conteo, las orejas son a la cabeza lo que los dedos a la mano. El corte de oreja fue profusamente utilizado inicialmente por los “chulavitas” y posteriormente por los bandoleros Liberales. Ocasionalmente las manos eran cortadas y se las utilizaba también para contar el número de muertos.

En el Corte de Corbata, la lengua era retrotraída y exhibida a través de un agujero que se perforaba por debajo del mentón, a la manera de otra boca. La relación de la boca con el cuerpo no es ambigua, pero si la boca se aísla del cuerpo y se construyen entidades parecidas a la boca, se crea una gran ambigüedad que se convierte en un potente símbolo. Esto se debe a que el procedimiento establece una analogía clasificatoria con otros orificios corporales. Este corte fue utilizado por los matones conservadores a sueldo quienes eran conocidos como “pájaros”.

La Decapitación fue una práctica muy común entre los bandoleros de ambas filiaciones ya que aparece registrada en casi todas las masacres. Creían los campesinos que el muerto no estaba bien muerto mientras tuviera la cabeza

sobre los hombros.

En el Corte de Mica se decapitaba a la víctima y su cabeza era reubicada entre sus manos o sobre la región del pubis. Según le contaron los campesinos a los autores del libro *La Violencia en Colombia*, este corte se originó a raíz del asesinato de un vendedor ambulante que llevaba consigo una mona. El cuerpo del sujeto fue encontrado con la cabeza del animal entre las manos.

El Corte de Franela fue uno de los más dramáticos. Fue inaugurado por la policía “chulavita” y replicado posteriormente por los bandoleros Liberales. Consistía en cortar los músculos y tendones que sostienen la cabeza, con el objeto de que ésta se desplazara hacia atrás, dejando ver un profundo agujero en la zona del esófago. Para llevarlo a cabo, eran necesarias dos personas, una que sostenía la cabeza hacia atrás y otra que hacía las incisiones con el machete.

El Corte de Florero aparece citado en el libro *La Violencia en Colombia*. Sin embargo, no aparece en ningún otro expediente y, por lo tanto, no fue posible corroborar su existencia. Consistía en cortar y separar los brazos y las piernas del tronco, para posteriormente reubicarlos dentro del mismo. Para ello, era necesario vaciar el tronco de su contenido extrayendo las vísceras. Además de implicar una completa manipulación no solo de las extremidades sino de las partes interiores, este corte produjo una total transformación del cuerpo humano.

La Desvísceración ponía afuera lo que era de adentro. Fue una práctica muy común durante *La Violencia*. La extracción de las vísceras se practicaba mediante una o varias incisiones en el abdomen. El útero de las mujeres embarazadas era perforado y el feto extraído y reubicado sobre el vientre de la madre. En muchas ocasiones, este último fue reemplazado por un gallo.

La Castración fue otra de las prácticas comunes que ponía adentro lo que es de afuera. Mediante este corte a los hombres se les arrancaban los testículos los cuales eran reubicados dentro de la boca de la propia víctima.

El Corte de los pechos se practicó ocasionalmente. Los pechos de las

mujeres se mutilaban y eran reubicados en la boca de alguna de las víctimas. Este corte en las mujeres equivale a la castración en los hombres.

El Descuartizamiento fue el único procedimiento que destruyó por completo el cuerpo a partir de cortes propinados con la parte afilada del machete. La versión contemporánea del descuartizamiento es el corte con sierra eléctrica utilizado por los paramilitares. Consistía en despedazar en trozos menuditos el cuerpo humano el cual quedaba reducido a “un montón de carne”.

También hay que mencionar dos cortes que establecían analogías con el mundo de la culinaria. El primero de ellos se conoce como “bocachiquiar”. Consistía en abrir una serie de zanjas oblicuas con el machete en la espalda de la víctima con el objeto de dejarla desangrar. El verbo deriva de la palabra “bocachico” con la cual se designa a un pez al que los pescadores acostumbran hacerle zanjas poco profundas con el cuchillo para facilitar su cocción. El otro era denominado “cortar para tamal”. Se trataba del descuartizamiento del cuerpo humano. El nombre hace relación al procedimiento de cortar la carne, junto con otros componentes, para conformar el tamal o envuelto de maíz. Verbos como “bocachiquiar” y “picar para tamal” establecen una estrecha relación entre el mundo de la culinaria y los procedimientos sacrificiales. El primero de ellos asimila a los seres humanos con un animal comestible, y el segundo indica la manera como se debe cortar y preparar la carne cruda.

La fase final de las masacres introdujo un nuevo orden en la clasificación corporal. Para los campesinos dicha recomposición corporal implicó un desorden que destruyó las configuraciones simbólicas existentes. Esta reclasificación afectó principalmente dos planos de oposición, arriba-abajo y adentro-afuera. El mecanismo para implantar este nuevo orden fue el de ubicar afuera lo que era de adentro -exhibir y mostrar lo más íntimo- y poner arriba lo que era de abajo y viceversa. La inversión total se produjo al ubicar la cabeza en el lugar de los órganos sexuales, y al colocar los órganos sexuales en la boca.

El poder de los bandoleros emanaba no sólo de la manipulación que

ejercían sobre la vida de los otros, sino de su intervención directa sobre el sistema de clasificación corporal. La omnipotencia con que actuaban quienes desorganizaban lo que la naturaleza había ordenado de cierta manera, crecía en proporción con el terror que infundían entre los campesinos. Los autores de las masacres no solo eran campesinos Liberales y Conservadores enfrascados en una guerra fratricida. También eran católicos bautizados que al matar no establecían diferencias entre los seres humanos y los animales. Lo anterior no deja de ser paradójico ya que el bautizo es un ritual que le otorga al iniciado calidad de ser humano y, por ende, a los demás bautizados. Sin embargo, como dice Alonso Moncada en su libro *Otro aspecto de la Violencia*: “no somos un pueblo de católicos sino de ritualistas”. Lo anterior está señalando la desconexión fundamental que existía entre los aspectos doctrinarios y éticos de la religión católica y las prácticas sociales. Los marcos cognitivos anteriores, sumados al extrañamiento social que separó a Liberales y Conservadores y a la concepción animalizada que unos y otros tenían del cuerpo de sus enemigos, fueron factores que contribuyeron a que los bandoleros en el momento de matar a sus supuestos adversarios, desincorporaran sus cuerpos de la esfera de lo humano.

3. La imagen del cuerpo entre los campesinos

Todo el repertorio de técnicas de manipulación del cuerpo del Otro estaba directamente relacionado con la forma como los campesinos concebían su propio cuerpo. Se trataba de una estructura que combinaba rasgos, miembros y órganos de diferentes animales domésticos. De ello dan prueba los términos que utilizaban para nombrar sus diferentes partes. En efecto, el campesino mestizo de la región andina central, que fue la más azotada por La Violencia, concebía su propio cuerpo como si se tratara de una estructura muy similar a la de los cerdos, las vacas y las gallinas. La terminología que utilizó para nombrar las diferentes partes del cuerpo, provenía de esferas como la de la economía

doméstica, concretamente de la cacería y la carnicería. Las partes del cuerpo que el campesino consideraba como las más importantes eran la cabeza, el corazón y todo lo contenido en el abdomen. A continuación aparecen, en orden descendente, los nombres de las diferentes partes del cuerpo humano:

El tuste (la cabeza). Palabra con la que también se designaba la cabeza de animales vacunos como las vacas. Para el campesino, la cabeza estaba compuesta por partes duras, como los huesos, y por partes blandas o vulnerables. Entre estas últimas estaba la corona, ubicada en la parte alta del cráneo y concebida como una abertura que permitía la entrada y salida del aire. Según los campesinos, un golpe en esta parte de la cabeza era mortal porque “le podía entrar aire a los sesos” y provocar la muerte.

Las vistas (los ojos). La parte central de los ojos era llamada la niña. Dentro del sistema de clasificación del cuerpo, esta era la única parte que tenía, para los campesinos, atributos humanos. La niña de los ojos jugó un papel central en el contexto de las masacres debido a que los muertos que quedaban con los ojos abiertos no eran considerados verdaderos muertos y, por ello, se les propinaba una segunda y hasta una tercera muerte.

Un dato crucial respecto al problema de la deshumanización que circunda las masacres es que no fue posible registrar entre los campesinos ninguna palabra de origen animal que haya sido utilizada para designar la cara. Tal ausencia puede deberse a que la cara de los animales es completamente diferente a la de los seres humanos, debido a la naturaleza de la mirada.

El guacharaco (el cuello). Con esta palabra se designaba tanto el cuello humano como el de ciertas aves que emiten un sonido muy agudo y estridente. Resulta muy sintomático que esta parte del cuerpo, tan vulnerable y blanco siempre de los machetazos, fuera nombrada a partir del cuello de las aves. En Colombia los campesinos matan a las gallinas, y en general a las aves que van a consumir, torciéndoles el cuello. Otra palabra para designar al cuello era guargüero, palabra utilizada para denominar esa misma parte del cuerpo en las gallinas. Lo anterior significa que el cuello humano era asimilado por los

bandoleros al de la gallina y no al del cerdo, muy posiblemente porque este último no tiene diferenciada esta zona del cuerpo.

La aorta. El nombre proviene de la anatomía moderna. Sin embargo ello no implicó que la aorta fuera concebida por los campesinos como la define la ciencia médica. En realidad estos creían que era una vena que corría por el lado izquierdo del cuello y que unía al cerebro con el corazón. El paso de esta vena por el cuello convertía esta parte del cuerpo humano en una zona extremadamente vulnerable.

El buche (el estómago). Esta parte del cuerpo era designado con la misma palabra utilizada para nombrar el estómago de los cuadrúpedos. Los campesinos consideraban que su estómago era idéntico al del cerdo. Entre las partes que integraban el buche hay que mencionar al cuajo. Este órgano no tiene correspondencia con ninguna parte del sistema de clasificación moderno del cuerpo humano. Para los campesinos se trataba del órgano fundamental del equilibrio. Para designarlo, utilizaban una palabra que proviene del mundo de los animales y con la cual se denomina uno de los estómagos de la vaca. Otras partes eran las tripas, palabra con la que se designan también los intestinos de la vaca. La vejiga y el hígado eran designados con nombres provenientes de la anatomía moderna pero asimilados a los del cerdo y la vaca.

El cuadril. Esta parte correspondería a lo que modernamente llamamos la pelvis. Para los campesinos, se trataba de la estructura ósea que albergaba los órganos de la digestión y el intestino. Con la misma palabra se designaba la parte correspondiente en el cuerpo en los mamíferos de cuatro patas. El campesino establecía una relación muy estrecha entre el cuajo, la vejiga y los testículos, como si estuvieran interconectados.

La cochosuela (la rodilla). Esta parte del cuerpo era denominada con la misma palabra que utilizan los carniceros para denominar la rodilla de la vaca, la cual es muy estimada por su sabor.

Las canillas. Palabra utilizada por los campesinos para nombrar las piernas. Con ella se nombraban los huesos largos de los muertos.

Según lo anotado, y de acuerdo con las tipologías de clasificación propuestas por Ellen, el caso analizado parece corresponder a un sistema de clasificación de tipo sintético. En este, se reúnen elementos de órdenes inferiores sobre la base de sus cualidades distintivas. En el caso del sistema de clasificación corporal de los campesinos, la similitud existente entre las estructuras y la terminología de la clasificación, están relacionadas con algunas analogías de tipo morfológico. Lo anterior no es ninguna novedad ya que en la mayoría de las lenguas los términos utilizados para designar las partes del cuerpo humano son tomados de los animales. Sin embargo, en el caso colombiano las analogías van mucho más allá.

Antes de cerrar este capítulo dedicado a las masacres perpetradas durante La Violencia, quisiera interrelacionar tres conjuntos significativos: el sistema de clasificación corporal, los cortes inflingidos a los cuerpos en el proceso de las masacres, y los procedimientos semánticos empleados por los autores de las mismas para cazar a sus víctimas como si se tratara de animales. El ámbito cultural y cognitivo estuvo marcado muy profundamente por la cercanía entre los seres humanos y la naturaleza. Las mismas armas usadas por los campesinos y carniceros rurales para despresar los animales que se comían, fueron reutilizadas por los bandoleros para desmembrar los cuerpos en el proceso de las masacres. Se trata del machete, ocasionalmente el cuchillo, y en algunas ocasiones el hacha. Al igual que en el sacrificio animal, el cuello humano fue la parte más afectada por los diferentes cortes. Las masacres de La Violencia fueron eventos rituales durante los cuales los cuerpos de los enemigos fueron transformados en textos terroríficos. La impronta ritual se percibe en la forma como aparecían los bandoleros al amparo de la oscuridad, en el carácter sacrificial de los asesinatos y las mutilaciones y en la manera como eran concebidas cognitivamente las posibles víctimas. A partir del señalamiento del “sapo”, la percepción que Liberales y Conservadores tenían de si mismos y de los otros, sufría un cambio que transformaba a vecinos y conocidos, en extraños absolutos. Dicho tránsito se facilitaba debido a la presencia de estructuras

cognitivas que animalizaban al Otro y a la representación estereotipada que los unos tenían de los otros. Una vez desatada la violencia política, esta irrumpía en pueblos y veredas que estaban polarizados por la adscripción partidista, induciendo cambios en la percepción que Liberales y Conservadores tenían sobre si mismos y sobre sus opositores.

3ª PARTE.

EL SÍNTOMA EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

En un interesante ensayo, Arjun Appadurai analiza la violencia contemporánea que compromete a vecinos, amigos y parientes, y a personas que han gozado de cierta familiaridad social. Una violencia muy similar a la que caracterizó los enfrentamientos entre Liberales y Conservadores durante el período de La Violencia. De manera deliberada, Appadurai deja por fuera de los alcances de su reflexión toda la violencia organizada ejercida por la policía, por escuadrones de la muerte, por torturadores profesionales y por milicianos pagados. Estas últimas modalidades solo las toma en cuenta en la medida en que están relacionadas con la violencia que se da entre próximos sociales.

Pues bien, el caso del cual me ocuparé a continuación es del tipo que queda por fuera de su análisis, es decir, el de la violencia organizada ejercida por grupos armados constituidos. En el escenario de devastación sistemática e indiscriminada que analizaré a continuación, están presentes tres de las modalidades que Appadurai deja de lado: escuadrones de la muerte, milicianos a sueldo y torturadores. A partir de ahora, me ocuparé de las tecnologías del terror que implementan en Colombia los grupos paramilitares en los albores del siglo XXI. Se trata de ejércitos irregulares que combaten con la guerrilla, buscando consolidar determinadas posiciones territoriales. Para lograrlo, expulsan a la población local mediante la aplicación de diversas formas de terror. Mi interés al analizar las manifestaciones contemporáneas de la violencia en Colombia, gira alrededor de la presencia de ciertas estructuras miméticas que comparten los diferentes grupos armados y de la percepción que los habitantes rurales tienen de dicho fenómeno, siendo como son, víctimas del terror.

La polarización política que se vive en Colombia a comienzos del siglo XXI, hace parte de la atmósfera de sospecha, incertidumbre y paranoia

cognitiva que Arjun Appadurai y Liisa Malkki caracterizan como propia de la era de la globalización. Sin embargo, la situación en Colombia es bastante más compleja debido a que la guerra, como hemos visto, no es un asunto nuevo sino de vieja data. A diferencia de lo ocurrido en la antigua Yugoslavia entre Serbios, Croatas, Bosnios y Albaneses, entre Hutus y Tutsis en Ruanda, entre Hindúes y Musulmanes en la India y entre Cingaleses y Tamiles en Sri Lanka, en Colombia la violencia actual no la ejercen personas ordinarias en contra de otras personas ordinarias, sino ejércitos irregulares que están integrados fundamentalmente por habitantes rurales.

En su estudio sobre la violencia entre Hutus y Tutsis de Ruanda, Malkki considera que los procedimientos violentos permiten construir e imaginar las diferencias étnicas. Según ella, es a través de la violencia que los cuerpos de los Otros se convierten en especímenes de la categoría étnica a la cual supuestamente pertenecen. Los procedimientos violentos empleados en contra de Otros para marcar la diferencia corporal, son producto tanto de conocimientos adquiridos como de técnicas que buscan descubrir al Otro. Según Appadurai, allí donde entran en juego una o más formas de incertidumbre social, la violencia puede convertirse en una certeza macabra y en una técnica brutal para descubrir a los Otros. Las formas más horribles de violencia étnica funcionan como mecanismos para producir personas, a partir de lo que de otra manera serían simples rótulos difusos y a gran escala, carentes de localización. Aunque Appadurai centra su análisis en la violencia que se da entre próximos, de una manera muy sugestiva también se refiere a casos de violencia política y estatal como la Alemania nazi, la Rusia de Stalin o la revolución cultural China. Refiriéndose a estos últimos considera que rótulos políticos como “terrateniente”, “enemigo de clase” o “contra revolucionario” pueden tener una fuerza somática análoga a la de los contenidos étnicos y religiosos, pues se trata de significantes cargados afectivamente.

Sin embargo, la relevancia que pueda tener la globalización como detonador de la violencia contemporánea es relativa en casos que, como el

colombiano, son el resultado de resquebrajamientos nacionales de más largo aliento. Desde cierta óptica teórica de la globalización se puede pensar que en el contexto de las guerras contemporáneas la representación que Unos se hacen de Otros, es difusa e indiferenciada. Pero creer, como lo hacen Malkki y Appadurai, que la ausencia de una diferenciación clara entre los contendores propicia la utilización de procedimientos violentos con el objeto de construir las diferencias, es un argumento insostenible. En una conversación que sosteníamos sobre el tema, Bruno Mazzoldi decía que tal argumento equivale a plantear la supresión del Otro como método para establecer los parámetros de la otredad. El estudio del caso colombiano permite corroborar precisamente lo contrario a lo planteado por Malkki y Appadurai pues, a diferencia de lo que ellos creen, en el proceso de las masacres las personas anteceden a los hechos violentos, y es a partir de estos que terminan convertidas en un montón de carne. Por lo tanto, es necesario distinguir entre las tecnologías del terror y las alteridades sobre las cuales se aplican dichas tecnologías. Lo que buscan las primeras es precisamente desnaturalizar a las personas y tender sobre ellas un manto de indiferenciación que facilite su destrucción.

1. Relación entre insurgencia y Estado, mediada por la guerra sucia.

Durante las décadas finales del siglo XX, Colombia se convirtió en un país fundamentalmente urbano, concentrando el setenta por ciento de su población en las ciudades. Esa misma proporción poblacional fue la que predominó en las áreas rurales durante la época de La Violencia. Los procesos de modernización, la expansión de la cobertura educativa, la promulgación de la Constitución de 1991 que abrió nuevos espacios políticos, y la globalización de las telecomunicaciones, contribuyeron a diluir en la mentalidad de los colombianos las identidades políticas bipartidistas que había prevalecido casi sin modificación hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX.

La Constitución de 1991 fue el resultado de una Asamblea Nacional

Constituyente ratificada por voto popular. Como las anteriores reformas constitucionales, ésta pretendía poner fin a una nueva crisis de configuración del Estado y darle participación política a sectores que habían permanecido excluidos. Entre las bondades de la nueva Constitución se destacan la superación de la coalición bipartidista, que había imperado en Colombia, y el reconocimiento de los derechos políticos de las minorías. En efecto, fue sólo a partir de la Constituyente de 1991 que en definitiva se rompió la exclusividad bipartidista y se puso en jaque la alternancia del poder casi mecánica que el bipartidismo venía ejerciendo desde hacia siglo y medio. Otra de las novedades que introdujo la mencionada Constitución fue garantizarle a las comunidades negras que habitan en el litoral Pacífico, derechos colectivos sobre los territorios que han ocupado tradicionalmente. Con ello, se hizo patente el deseo de los colombianos de construir una sociedad pluriétnica y multicultural. Sin embargo, a tan loables intenciones se les atravesó una violencia que ha generado masivos desplazamientos forzados entre los pobladores negros de la costa, y ha puesto en un limbo la titulación colectiva. La Constitución de 1991 incluyó no solo nuevos derechos sino mecanismos legales que permiten una eficacia instrumental de dichos derechos, como son la tutela y las acciones populares. Como dice el abogado Germán Palacio, es posible que con todo ello no se redefina la dirección del barco pero, al menos, se reduce su velocidad, lo que da más tiempo para proponer maniobras que eviten la colisión. A pesar del clima general de barbarie imperante en las áreas rurales, los movimientos sociales y étnicos lograron hacerse visibles y ser incluidos y tomados en cuenta por el establecimiento político. Ha sido a través del discurso constitucional que los diferentes grupos sociales y étnicos han enunciado sus propias nociones de justicia, orden y comunidad política y han definido sus contornos. Desde 1991, en Colombia hay senadores y representantes indígenas a quienes el Estado les reconoce sus derechos tradicionales y sus propios sistemas jurídicos.

Sin embargo, ni las grandes movilizaciones de la sociedad civil, ni la inclusión política de nuevos grupos sociales, ni los proyectos de reforma

institucional que introdujo la Constitución de 1991, han logrado revertir las dinámicas de la violencia. A partir de la década de 1980, el narcotráfico hizo su aparición en la vida nacional, contribuyendo a dislocar y a fragmentar aun más el territorio nacional. Hoy en día es la fuente principal de financiación de los grupos armados insurgentes y paramilitares. La confrontación armada, el terror, y el desplazamiento interno forzado que caracterizan a la Colombia contemporánea han contribuido a desestructurar los mecanismos que, a lo largo del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, fueron los responsables de la construcción de comunidad y del sentido de pertenencia. Dicha desestructuración ha contribuido a crear formas autónomas de organización política y de producción simbólica entre las clases subalternas. En las grandes ciudades, que hasta el momento continúan relativamente al margen de la confrontación armada, el Estado, los partidos, la Iglesia y las instituciones se mantienen como referentes políticos y culturales de los ciudadanos.

De acuerdo con el historiador Marco Palacios, el territorio colombiano se encuentra profundamente escindido. Por un lado, está el país urbano moderno constituido por las grandes ciudades que, a manera de islas, proveen cierto bienestar. Allí se ejerce la ciudadanía y existe gobernabilidad. En segundo término está el país rural tradicional que ha sido duramente impactado por la violencia insurgente y paramilitar. Allí siguen imperando las lógicas clientelistas del bipartidismo. El tercer país es el más devastado pues ha sido construido por sucesivas oleadas de campesinos colonizadores que fueron expulsados hacia las fronteras del Estado-nación y dejados a su arbitrio. En dichos territorios, los diversos grupos armados han construido sus ejércitos, han sustituido funcionalmente al Estado y en ellos compiten por recursos y se disputan el control de los cultivos ilícitos. En estos dos últimos países, la dominación la ejercen de manera diferenciada las guerrillas de las FARC, del ELN y los grupos paramilitares.

La guerra actual se mueve en dos planos. El primer plano corresponde a la confrontación directa entre los grupos insurgentes, paramilitares y las

fuerzas armadas. En esa confrontación, el Ejército trata de contener el avance de la subversión, que durante la década de 1990 creció y se expandió por todo el territorio nacional. Los fuertes golpes militares propinados por la guerrilla durante esa misma década, propiciaron el fortalecimiento de alianzas entre militares y paramilitares, delegando en estos últimos el trabajo de liquidar las bases sociales de la guerrilla. Se calcula que existen unos ocho mil paramilitares que operan bajo la sigla AUC. Tienen sus campamentos principales en la parte noroccidental del país, cerca de la frontera con Panamá, y funcionan a partir de una estructura jerárquica muy similar a la de la guerrilla.

El segundo plano de la guerra está estructuralmente ligado al primero. Como ya se dijo, lo protagonizan los grupos armados irregulares contra los apoyos reales o supuestos del adversario. Valiéndose de los grupos paramilitares, los sectores más reaccionarios del establecimiento han liquidado de manera sistemática a defensores de Derechos Humanos, sindicalistas, militantes y simpatizantes de izquierda, líderes campesinos y a todos aquellos que presumen como colaboradores y apoyos logísticos de la guerrilla. La guerra sucia también la practican los combatientes de los grupos guerrilleros al secuestrar masivamente ciudadanos de todos los estratos sociales y extorsionar a hacendados, comerciantes, industriales y tenderos. Igualmente se puede considerar como parte de la guerra sucia el reclutamiento de menores de edad por parte de todos los grupos armados irregulares. En efecto, en Colombia hay seis mil menores vinculados a los grupos guerrilleros y en algunos de los frentes, el treinta por ciento son niños. Igualmente, en ciertos frentes paramilitares el número de niños reclutados a la fuerza supera el cincuenta por ciento del total de los combatientes.

Todo lo anterior ha llevado a investigadores como Daniel Pécaut, y al grupo de intelectuales europeos que conforman el Comité Universitario Francés por Colombia, a considerar que el conflicto que vive Colombia se puede caracterizar como una guerra contra la sociedad, la que, en su conjunto, ha sido convertida en rehén. Hablan de una sociedad “secuestrada y asediada por una

guerra que le es ajena” y que ha dejado más de dos millones de desplazados internos. Los mencionados intelectuales afirman que el conflicto no puede caracterizarse como una guerra civil, en el sentido clásico del término, pues la confrontación no corresponde a una ruptura cultural, política o social en la población. Basan su aseveración en las constantes manifestaciones y protestas masivas que organizan los ciudadanos para manifestarse en contra de la guerra.

La escala de la guerra actual solo se la percibe si se la compara con otras. Entre 1975 y 1995, en Colombia se cometieron 22.617 homicidios políticos, cifra casi seis veces mayor que el número total de muertos que ha dejado el conflicto en Irlanda del Norte. En efecto, entre 1968, año en que se iniciaron los enfrentamientos entre católicos y protestantes, y el año 2001, el conflicto en Irlanda del Norte ha dejado un poco menos de cuatro mil muertos. Por cuenta exclusivamente del conflicto armado, en los últimos años la sociedad colombiana ha pagado alrededor del 4.5% de su Producto Interno Bruto en transferencias que la sociedad le ha hecho a la guerrilla como parte de los pagos e impuestos forzosos que esta le exige a los ciudadanos. Entre 1991 y 1994, los ingresos de la guerrilla crecieron en un ochenta por ciento debido a los aportes procedentes del tráfico de cocaína y heroína, de la extorsión a comerciantes, hacendados y ciudadanos en general y de los secuestros masivos realizados entre viajeros que se desplazan por las carreteras del país. Entre 2000 y 2002, esta última modalidad delictiva se convirtió en una verdadera epidemia.

2. Las Masacres contemporáneas

Son evidentes las diferencias existentes entre las masacres ocurridas durante La Violencia y las que siguen ocurriendo a comienzos del siglo XXI. Como dice Gonzalo Sánchez, los guerrilleros de hoy no son los de la década de 1950, y los paramilitares actuales tampoco son los matones a sueldo o “pájaros” de La Violencia. A pesar de las diferencias, los rasgos comunes son sorprendentes. Por ejemplo, los espacios donde ocurren las masacres contemporáneas siguen

siendo rurales, y los actos atroces que las caracterizan continúan desafiando los presupuestos morales de la civilización. En espacios que pueden ser públicos o privados, unos extraños vestidos con prendas militares, aparecen intempestivamente y ejecutan a un número variable de personas que se encuentran desarmadas y son sorprendidas sin que puedan defenderse. Al igual que durante La Violencia, su aparición siempre está presidida por rumores, presentimientos y avisos que anuncian la llegada inminente de los hombres del camuflado. Los lugares donde irrumpen estos extraños, quienes se desplazan por aire o por tierra, no son espacios vacíos, por el contrario, se trata de espacios sociales donde viven y coexisten personas de una manera natural. Son espacios de intimidad y cercanía, llenos de significados culturales, de prácticas cotidianas, de memorias compartidas, espacios que van a ser dis-locados y van a saltar en pedazos desde el momento en que irrumpen los individuos desconocidos, vestidos con prendas militares.

En una mañana apacible y soleada de un día del año 1997, cerca de doscientos hombres, vestidos de camuflado y portando rifles de alto calibre, entraron intempestivamente en la calle principal de un pequeño pueblo de Colombia. Uno de los testigos los describe en los siguientes términos:

Eran por ahí unos doscientos hombres. El aspecto físico de ellos, es un aspecto similar a un soldado prestador de su servicio militar, lo mismo que ver un soldado. El peluqueado normal. Totalmente sin capuchas.

Otro testigo los describe en detalle, tratando de establecer si en realidad eran soldados:

Cuando yo vine y miré dije: esto no es el Ejército. Porque el Ejército normalmente siempre tiene los distintivos y las ramas, la mayoría carga con fusiles Galil, y esa gente lo que tenía no era Galil. Entre ellos tienen es un arma de proveedor curvo. El ejército normalmente casi no utiliza eso. Y cargan machete, y el ejército casi normalmente no carga machete. Y las botas,

algunos tenían botas militares y otros tenían botas que son parecidas a las botas militares pero no son.... Y con camuflado sí, lo mismo que como los profesionales, con camuflados. No tenían la cara pintada y algunos tenían boinas.

La entrada de los hombres del camuflado estuvo acompañada por gritos y órdenes, lanzados a los pobladores que transitan a esa hora por la calle. Los recién llegados hablaban demasiado y tenían un acento que no era del lugar, por lo cual los habitantes del pueblo los consideraron extraños.

El caserío atacado, está comunicado con la cabecera municipal por medio de un camino destapado, tiene servicios de radio y telefonía, y una pequeña pista de aterrizaje para avionetas. Los recién llegados coparon el caserío, cortaron la comunicación por radio, destruyeron todos los aparatos y dañaron la planta eléctrica con el fin de dejar al pueblo sin luz. Como dice uno de los testigos entrevistados:

Se trató de algo con tanta sevicia, con tantos cálculos para cometer una masacre, que esta gente aísla el pueblo por varios días y se dedica a observar. Para mí no había solamente allí vulgares matachines. Allí había gente que tenía un plan muy bien preconcebido y sabía lo que iba a hacer, porque aíslan el pueblo por varios días y después que identifican, de manera fría, comienzan a matar.

Una vez congregada la gente en la plaza del pueblo, los del camuflado se dedicaron a gritar algunos nombres que fueron leyendo de una lista que uno de ellos traía consigo. La lista había sido conformada con los datos aportados por un individuo silencioso, cuya cara estaba cubierta por un pasamontañas. Este se limitó a señalar con el dedo a algunas personas. Mientras los hombres del camuflado leían en voz alta nombres de la lista, un sobreviviente le preguntó sorprendido a uno de ellos:

Señor, ¿usted que le encontró a él? ¿Le encontró armamento? ¿Le encontró uniformes? ¿Le encontró panfletos? ¿Que le

encontró a él? No, es que está en la lista. Entonces esos murieron porque estaban en la lista, porque un “sapo” los señaló por una plata, porque todos los “sapos” de ellos son pagados. Lo mismo los del ejército y los de la policía, es decir, por plata. Cualquier ignorante puede hacer matar a una persona porque le cayó mal o porque no le hizo un favor o por cualquier motivo.

El hombre con el pasamontañas era un “sapo”. Un individuo que suele estar ligado a los habitantes del pueblo por vínculos de vecindario y de intimidad y quien, a partir de la delación, hace posible la masacre. Los del camuflado vienen de lejos y, por lo tanto, no conocen a quienes van a ejecutar. Por unos pesos y valiéndose de la máscara, es el “sapo” quien se encarga de delatar a miembros de su comunidad que tienen relaciones, contactos esporádicos, parentesco o simple cruce de caminos con algunos guerrilleros. El señalamiento que hace el “sapo” contamina a las personas señaladas con una alteridad que anticipa su muerte. Al pánico que produce ser señalado, se suma el efecto psicológico de terror que produce en la futura víctima ver aparecer su nombre en la lista. Ambos eventos son inducidos por el “sapo” como agente contaminador. Se trata de una contaminación que se transmite por contagio, a la manera en que la concibe Mary Douglas en su libro *Purity and Danger*. Solo que en este caso los peligros recaen sobre el “sapo” trasgresor, quien posteriormente morirá asesinado, y sobre todos aquellos que son señalados por este y que tendrán el mismo fin. El “sapo” es alguien que carece de un lugar específico dentro del sistema social, es un intruso que opera desde un lugar al que ya no pertenece. Su poder emana de su ubicuidad y de su capacidad de moverse y transitar entre Unos y Otros.

Ahora bien, no todos los habitantes del pueblo serán víctimas del exterminio. Como dice uno de los testigos entrevistados:

Algo muy extraño ocurrió porque solo ciertas casas fueron incomunicadas. Por ejemplo, al señor registrador no lo incomunicaron y él estuvo trabajando tranquilo los cinco días que ellos estuvieron matando gente allá. Lo mismo el inspector,

con él no se metieron para nada; es que él tiene un primo que es informante y simpatizante de las autodefensas.

El siguiente testimonio de una mujer joven, a quien le mataron toda la familia, es desgarrador pues deja traslucir el resquebrajamiento emocional y cognitivo que sufren las víctimas de las atrocidades:

Ellos llegaron a la casa. Uno no puede decir que ésta es la verdad o que no es la verdad. Uno los ve lo mismo, porque uno no sabe ni quien es el uno ni quien es el otro. Mi papá no estaba ahí, ni el hermano. La mayor de todos soy yo y mi papá no estaba ahí, ni estaba yo, ni estaba la otra, ni estaba el otro hermano, el menor de los varones que tiene 16 años.....A donde se lo llevaron? Yo no veo el motivo, yo no veo la razón del porque. Si hubiera sido un guerrillero dijera uno, es un guerrillero, se buscó su cosa, que lo maten porque el que la debe que la pague. Pero, sinceramente tengo entendido que él no es guerrillero, no era, entonces ¿porque se pueden llevar al que no es nada? Se llevaron dizque ocho, ocho con Julio el hermano mío.

3. Fenomenología del Terror.

¿Quiénes son estos hombres que portan el uniforme camuflado, utilizado indistintamente por soldados, paramilitares y guerrilleros en Colombia? Un campesino, incapaz de diferenciar entre sí a los hombres armados que cruzan por su vereda, sembrando el terror y la muerte, decía lo siguiente:

Todos los uniformes son el mismo. Hoy en día hay una confusión en este país. Hoy en día no solamente el ejército es el que se viste de prendas como el uniforme. Años atrás solamente el ejército era el que uno veía que usaba el uniforme de camuflado. Hoy en día no. Todos se visten lo mismo y ahí es donde uno se confunde y no sabe que hacer. Como campesino, todos los uniformes son el mismo.

La anterior es una afirmación de sentido común: si todos los que están enfrentados a muerte -militares, paramilitares y guerrilleros- se visten con el

mismo uniforme, es porque son los mismos. Los campesinos y habitantes rurales quedan devastados por el terror que instrumentan de manera deliberada los hombres que portan un fusil y se visten con uniformes camuflados. Y, ¿cual es la sustancia de dicho terror? In diferenciación, ambigüedad y confusión son algunas de sus características. Es un terror pegajoso y resbaloso que se construye a partir de los rumores que se entretajan con anterioridad y posterioridad a los hechos, a partir de lo que oyen, ven o imaginan que ven y oyen quienes viven en los espacios rurales del terror. Los campesinos desprevenidos que habitan en dichos espacios, atribuyen a los autores de las masacres un carácter espectral, carácter que es reforzado por los medios masivos de comunicación cuando se refieren a los asesinos del camuflado como las “fuerzas oscuras de la sociedad”. De esta manera contribuyen a diluir su identidad y a desdibujar la intencionalidad y racionalidad de sus acciones.

La identidad de los hombres del camuflado es elusiva. Produce efectos identitarios fantasmagóricos que desconciertan a los campesinos que son sorprendidos por estos e interrogados. Por lo general, los del camuflado andan buscando información y para obtenerla le plantean a los campesinos una doble propuesta de intercambio: la palabra y/o la sangre. En tal sentido el siguiente testimonio resulta elocuente:

Uno no los ve. Uno desde que oye decir que viene un grupo de paramilitares o que viene una tropa de ejército o del que sea, uno no espera para mirar. Uno no tiene la seguridad si vienen a conversar con uno o si vienen a matarlo.

Este tipo de comportamiento ambivalente es propio de la inteligencia militar. Caracteriza a los hombres del camuflado quienes siempre están buscando aliados o informantes entre los campesinos. En algunos casos, los del camuflado dan lugar a un intercambio de palabras que, generalmente, va acompañado por amenazas. Estas pretenden convertir al interrogado en

“señalador” (traidor de su propio bando) o en “auxiliador” (aliado). Dichos roles aunque son contrarios, son denominados con la misma palabra, “sapo”.

La construcción de la enemistad entre los hombres del camuflado, es un asunto pragmático. Atrás quedó la adscripción partidista que se heredaba de padres a hijos y que polarizaba a Liberales y Conservadores en los pueblos, veredas y municipios. Ahora los habitantes rurales son asesinados porque son percibidos como apoyos directos o indirectos del bando contrario. Negociar, conversar con, mostrarse hospitalario, parecerse a otro que ha sido marcado, o venderle servicios a los del bando contrario, es suficiente para ser considerado enemigo. Quienes incurren en esos comportamientos, son denominados “auxiliadores”. Estas son personas de la más variada índole que, a partir de un señalamiento colectivo, son deshumanizadas por los asesinos y convertidas en una masa que se desplaza aterrorizada. El ambiente de contaminación en las zonas de guerra es tal, que cualquier tipo de intercambio con quienes son considerados enemigos resulta peligroso.

Una mujer fue detenida porque sus hijos fueron considerados “auxiliadores” de la guerrilla. En su relato dice lo siguiente:

Mis hijos guerrilleros no han sido, ni matones. Nosotros no hemos sido agua, ni hemos sido pescado. Dígame usted señor, un guerrillero, creo yo, que lo deben encontrar bien armado, hasta los dientes, como están ellos, cierto? ¿Qué guerrillero encontrará usted en un cuarto desarmado o con los brazos cruzados? Usted no los encuentra en esa forma, usted los encuentra es armados hasta los dientes y dispuestos a darle al que les vaya a dar a ellos. Y le dije, mire señor, a mis hijos francamente nunca se les ha visto un arma de fuego en las manos.

La figura del “auxiliador” es parte fundamental de la fenomenología del terror. Ser considerado de esa manera por cualquiera de los bandos, es entrar a formar parte de un mundo que no es humano. En términos generales,

son considerados “auxiliadores” aquellas personas cuyos nombres o apodos hagan parte de las listas que portan consigo los hombres del camuflado:

Yo traté de salvarle la vida a él y a varias personas pero con resultados negativos. Ser uno de esos seres.....pero ya estaba en la lista y no había nada que hacer pues ellos venían dizque a hacer una limpieza.

También son considerados como “auxiliadores” aquellas personas que viven en los territorios controlados por los enemigos y que mantienen contactos, así sean esporádicos, con ellos:

Eso por ahí cada año viene esa gente. Aquí habemos unos 300 campesinos y dicen que somos 300 guerrilleros. Un niño de dos meses dicen que es un guerrillero.

Igualmente, son considerados “auxiliadores” quienes tengan algún parecido físico con hombres o mujeres que aparecen en las fotos manoseadas que portan consigo los hombres del camuflado. Parecerse a otro que ya ha sido señalado y marcado, es quedar contaminado de su misma sustancia. Tal fue el caso de una muchacha que vivía en una vereda campesina y a quien los del camuflado le sacaron una foto del bolsillo para compararla con otra que ellos traían consigo y hacerle creer que eran la misma persona. Un testigo que presenció el interrogatorio relata lo ocurrido:

Llegó ese gentío y como ella era una muchacha bien simpática, los hombres comenzaron a charlar con ella. Todos decían que está muy linda....Entonces vino el muchacho y la abrazó. Ella cargaba una foto en el bolsillo, una foto de ella y ese muchacho vino y le sacó la foto que se tomó cuando tenía doce años. Ese señor le mostró la foto a otro y ese otro uniformado sacó otra foto y se las presentaron juntas. Ella como era conciencia limpia les dijo: pero ustedes, ¿porque comparan mi foto con esa? Entonces dijeron: usted se parece a esa otra. La otra foto que ellos cargaban era de una mujer uniformada. Ella dijo: no, yo no

soy, yo tengo testigos que yo no soy porque yo me hice mujer aquí. Entonces vino la señora y les dijo: a ustedes que les pasa con la muchacha? ¿Es su hija? No, no es mi hija, ella trabaja donde mi pero ella no es hija mía. Entonces le dijeron: vea esta muchacha, se parece a esta. Ella dijo: si, un diablo se parece a otro. Entonces dijeron: está muy linda y tenemos mucho que charlar y se la llevaron. La queremos para nosotros porque es muy bonita. Entonces vinieron y la sacaron y entre las siete y las nueve oímos tres tiros. Se desapareció la muchacha y al otro día la busqué y nada. Y el viejito buscó ese día y no la encontró. Y se metió otro día y la encontró. Vio la sepultura en donde estaba, dejaron una sandalia afuera, eso es todo.

Por último, también son considerados “auxiliadores” quienes le dan sepultura a los muertos que han sido asesinados por el bando contrario. Un campesino relata lo que le ocurrió al respecto:

Yo vi un cuerpo por allá en el río y entonces como nadie lo sacaba yo lo saqué y dicen que era el papá de un guerrillero y por eso me dijeron que dizque yo era auxiliar de la guerrilla, porque yo había sacado al papá del guerrillero.

Como puede verse, no existe un estereotipo único que identifique a los “auxiliadores” pues se trata de una categoría que se construye de manera muy fluida, sin parámetros muy precisos. La naturaleza inhumana que les es atribuida, se hace evidente en la forma como las personas así consideradas son tratadas cuando caen en manos de los hombres del camuflado. Según declaraciones de sobrevivientes, es frecuente que los hombres del camuflado se refieran a quienes consideran “auxiliadores” utilizando formas diminutivas como “mis corderitos” o “mis gallinitas”, también los denominan “mi cilantro”. De esta manera les asignan una identidad no humana que puede ser animal, y aún vegetal, los feminizan, los minimizan y los atraen a la esfera de lo doméstico, para después proceder a matarlos.

Los del camuflado se encuentran atrapados por una profunda contradicción. Por un lado, se camuflan detrás del uniforme militar para parecerse y remedar en su apariencia a soldados. De esta manera, buscan

confundir y tomar por sorpresa a los habitantes rurales. Pero por otro lado, se adjudican los actos atroces que cometen, poniendo en evidencia su verdadera identidad. Se trata de un actor que anuncia su llegada pero cuando aparece en escena, simula ser otro y esa ambivalencia lo convierte en una fuerza devastadora, extremadamente fluida e impredecible y así la perciben los campesinos. Mediante las masacres reiteran prácticas atroces que hunden sus raíces en las guerras civiles del siglo XIX y en La Violencia. La puesta en escena nuevamente de mutilaciones y cortes que alteran profundamente la morfología del cuerpo humano, no es otra cosa que una acción mimética que remite a la pista de historias enterradas y de antagonismos nunca resueltos. El efecto de devastación que implica la aparición intempestiva de estos hombres en pueblos y veredas, tiene como efecto inmediato no solo la desarticulación del espacio social sino el rompimiento de la estructura psicológica y emocional de los afectados.

4. La animalización como metáfora de la dominación.

Aquellas personas señaladas a partir de la lectura pública de la lista, fueron trasladadas al matadero municipal. Sobrevivientes de varias masacres mencionan también la porqueriza como uno de los lugares preferidos por los hombres del camuflado para ejecutar a sus víctimas. La matanza solo se hizo de noche pues según dice un testigo:

De día no mataron a nadie pero esa noche empezaron a matar gente.

El acto de escoger precisamente el matadero o la porqueriza materializa la analogía que estos hombres camuflados establecen entre los lugares donde son criados y sacrificados los animales de consumo doméstico, y las personas que serán asesinadas. Como dice un sobreviviente:

Se lo llevaron y lo amarraron y lo llevaron para el matadero donde matan el ganado y allá lo mataron.

Algunas personas fueron amarradas e interrogadas y otras liberadas posteriormente. Varios de los relatos describen la manera como los asesinos utilizaron los machetes y cuchillos que portaban consigo. Los utilizaron para cortar los cuerpos de las víctimas quienes luego fueron dejadas dentro del matadero para que se desangraran hasta morir. Se trata de un procedimiento muy similar al que emplean los carniceros con las reses y los cerdos en los mataderos. Un testigo de los hechos describe la inhumanidad y la parálisis emocional que instauró el terror en el espacio pueblerino:

Había una gran fiesta de sacrificio humano, sin ningún dolor, sin nada. Es decir, en la forma más deshumanizada, más desastrosa. Habría que hacer la pregunta de si a esa gente la llevaron drogada.

Numerosos testimonios insisten en que los autores de estos actos atroces los ejecutan bajo los efectos del alcohol o drogados, algo que nunca ha sido objeto de una investigación rigurosa. Respecto a la parálisis emocional que produce el terror, algunos testigos y sobrevivientes hablan de la impotencia que sintieron al no poder auxiliar a sus vecinos y conocidos cuando eran trasladados al matadero. Una mujer aterrorizada hizo el siguiente relato:

Yo vivo a una cuadra del matadero municipal, del matadero oficial de pueblo. Y todas las noches vimos con mis hijos, yo lo vi, como pasaba gente amarrada de las manos atrás y amordazada la boca. Ya cuando ellos daban la orden de apagar todas las luces y de apagar la planta del pueblo, empezaban a matar, a torturarlos primero y después a matarlos. Gritaban pidiendo auxilio. Pero como ustedes comprenderán en este país manda el que tiene las armas o el que tiene el poder de mandar a los sicarios con las armas. Entonces quedamos impotentes y todas las personas de bien del pueblo quedamos impotentes ante

estos criminales. Y estuvimos a merced de ellos durante cinco días, sin la ayuda de nadie.

Como la matanza tuvo lugar a lo largo de varios días, todos los habitantes del pueblo fueron testigos mudos del horror. En sus testimonios dejan ver el sentimiento de impotencia y de culpa que los embargó por no haber podido impedir la muerte de sus vecinos y conocidos. Según decía una mujer:

Nos encerrábamos temprano para no saber nada. Uno los miraba a ellos pasar con la gente pero uno se hacía el que no sabía nada de nada.

Decía el antropólogo Edmund Leach que el mundo es la representación de nuestras categorías lingüísticas y no al revés. Los individuos construyen su propio mundo, discriminando y separando las cosas, y cada cultura lo hace de una manera muy particular. El lenguaje provee los nombres de las cosas, y la cultura los tabúes y las prohibiciones. Por lo general, las categorías ambiguas son las que suscitan los sentimientos más intensos y sobre las cuales recaen los tabúes. La Antropología ha comprobado una y otra vez que son muchas las culturas que establecen asociaciones rituales y verbales entre comer y tener relaciones sexuales y en ese sentido, el caso colombiano no es ninguna excepción. Sin embargo, en algunas de las masacres perpetradas por los hombres del camuflado, estos establecen una asociación semántica entre comida, sexo y muerte. Dicha asociación se hizo evidente en el contexto de la masacre que se viene analizando, cuando una muchacha que sobrevivió a los hechos le preguntó a uno de los autores, que sentía cuando las víctimas le suplicaban que no las matara. El respondió lo siguiente:

No, no pasa nada, eso es como uno...las gallinas...un animal es un ser vivo, tiene vida...Y entonces cuando uno las mata, o sea cuando uno se las va a comer pues les quita la vida. Y entonces,

igual es un ser humano, también tiene vida lo mismo que los animales. Matar un ser humano, una persona, es como matar una gallina. Eso es como matar un animal.

La frase “cuando uno se las va a comer (a las gallinas) pues les quita la vida” puede entenderse en su doble significación ya que el verbo comer en Colombia designa tanto la acción de alimentarse como la de tener relaciones sexuales. Respecto a dicha asociación, la pregunta que surge es si estos adolescentes, reclutados a la fuerza y convertidos en asesinos despiadados, establecen la analogía entre los seres humanos y las gallinas a partir de experiencias personales o si será, mas bien, que percibir a las víctimas como gallinas les permite convertirlas en algo susceptible de ser domesticado y consumido ritualmente. Es evidente que los autores de la masacre al matar a sus víctimas las asimilaron a gallinas para facilitar su destrucción. Se trata de un procedimiento que no solo rompe con el tabú que prohíbe matar al prójimo, sino que deja sin respuesta la apelación que hace la muchacha al sentido humanitario del asesino.

5. Suspensión momentánea de la identidad.

En su libro *Les Saints et la Foret*, la antropóloga Anne Marie Losonczy analiza un procedimiento cognitivo mediante el cual los habitantes negros del Chocó colombiano suspenden de manera deliberada y momentánea su identidad de cristianos para adentrarse en la selva. Dice la autora que para ellos, la selva es un espacio donde se confunden la vida y la muerte, un espacio de una humedad fría y oscura que, en contraposición a los espacios habitados que son secos y cálidos por acción del fogón, paraliza momentáneamente la capacidad de entendimiento del sujeto y, por lo tanto, su capacidad de palabra.

Durante La Violencia, bandoleros como Chispas se valieron de un mecanismo inconsciente que les permitió proyectar sus sentimientos destructivos en el Otro. De esta manera el Otro se convertía en depositario de

sentimientos de odio, agresión y rabia que lo transformaban en perseguidor. Un mecanismo semejante de escisión de la identidad es el que utilizan los matones a sueldo con el fin de separar su identidad católica de su identidad delincencial. De esta manera, evitan que estas entren en colisión. Se trata de un procedimiento que les permite manejar sin contradicciones ni dilemas morales los delitos que cometen. Bandoleros como Chispas, y muy posiblemente otros delincuentes católicos, han construido la alteridad proyectando en el Otro lo negativo propio, mecanismo que facilita el manejo de la culpa.

Ahora bien, los hombres del camuflado, y otras agrupaciones de delincuentes políticos que actúan colectivamente, están sujetos a mecanismos de conformación grupal. Algunos de sus miembros suelen salir de los espacios de la cultura para cometer los asesinatos y regresan a ellos sin mayores traumatismos. Cuando salen, suspenden momentáneamente el tabú de matar y vuelven a entrar asumiendo nuevamente su identidad cotidiana. Dicho tránsito se asemeja al que vivían los bandoleros de La Violencia cuando ejecutaban una masacre. Se quitaban los vestidos que usaban cotidianamente y se ponían la indumentaria militar, cambiaban su nombre por un alias y se protegían mediante la utilización de amuletos y tatuajes. Una vez cometida la masacre, retornaban a sus hogares y asumían nuevamente sus roles familiares y de miembros de la comunidad.

Regresemos nuevamente a la masacre de 1997. Durante su permanencia en el caserío los hombres del camuflado saquearon las casas llevándose las pocas joyas, las armas y el dinero en efectivo que encontraron. Se vistieron con la ropa de los muertos y se colgaron las cadenas y los relojes, producto del saqueo. Todo ello como si se tratara de una fiesta:

Son groseros, criminales, sanguinarios. Saquearon el comercio y se llevaron todo. Puros compradores o negociantes. Usaban ponchos, cadenas, relojes, sombreros, todo robado. A los muertos los botaron al río porque el sistema de ellos es que la gente se desapareció, la imagen de ellos es que uno no se fuera a

dar cuenta y los botaban al río y decían: ese se fue, se fue a viajar.

Botar el cuerpo del muerto al río equivale a desaparecer cualquier huella de la persona y del crimen, una práctica que ha convertido algunos ríos colombianos en ríos de sangre. Como dice un campesino que quedó perplejo después de la matanza:

Es ahí exactamente cuando yo me quejo de un país violento y al mismo tiempo con unas dosis de cobardía espantosas. Ellos escogían a la gente, se la llevaban y los otros sin ninguna capacidad de reacción. Veían como se los llevaban y como los iban a matar y nadie decía nada.

De manera similar a los bandoleros de La Violencia, los hombres del camuflado se nombran los unos a los otros por sus alias mientras realizan las masacres. Al respecto uno de los testigos afirma lo siguiente:

Y entre ellos, como se trataban? Por apodos....Yo no se, ellos se decían “Bocachico”, ellos no se trataban de persona formal sino por apodos como “Gavilán”...Y nos decían a nosotros, tengan miedo de nosotros, tengan miedo. Vean nosotros somos paramilitares pero nos hacemos pasar por guerrilleros.

El testimonio de un niño de catorce años deja al desnudo la incertidumbre y el delirio que alimentan los asesinatos indiscriminados que realizan los hombres del camuflado:

Veníamos a caballo del pueblo, traíamos dos terneros, una vaca, un acordeón, tres bestias con silla, una con angarilla, dos sueltas y dos donde veníamos nosotros. Lucho, el viejo, traía una lorita. Cuando veníamos por el camino encontramos bastante gente armada, yo no se decir cuantos. Nos dijeron, tírense al suelo. Uno que venía con nosotros abrazó a la niña (mi hermanita de seis años) y se tiró con ella boca abajo. Uno de los armados dijo: deje a la niña que se pare. Al mas viejito se le subieron encima y le decían “para montar caballito”. A mi hermanita y a mi nos

echaron para una casa que estaba cerca. Vi cuando les quitaron los documentos, se los botaron. De la casa donde yo estaba escuché cuando uno le dijo a otro: tráigame las cabuyas para amarrar. Empezaron a hacerle preguntas. Yo escuchaba y veía todo. A Juan y al borracho se los llevaron a un montecito y les dieron a tomar un agua blanca que no se que sería. Yo estaba parado en la puerta cuando sentí unos disparos. Preguntaron los otros armados ¿Quién les dio orden de disparar si la orden era a machete? Respondieron se nos iban a volar. En ese momento salieron los armados con un machete untado de sangre y lo limpiaron en una camiseta mía. Yo la iba a recoger y me dijeron: deje eso ahí. A mi me quitaron toda la ropa que traía. Cuando volví me dijeron Juan y el borracho: dígame a las mujeres que no cuenten más con nosotros. Mi hermanita lloraba y decía: yo sin Juan no me voy y el le dijo, adiós mi hija. Vete. Nos subieron a las bestias y nos dijeron váyanse. Nos vinimos los dos. Mi hermanita lloraba mucho. Ellos se quedaron con las cosas que traíamos. Cuando nosotros nos vinimos ellos se quedaron con Juan y el borracho amarrados, luego sentí unos tiros....La lorita se la mataron. La levantaron para arriba y después cayó la lorita al suelo y la cogieron y le quitaron la cabecita y botaba sangre por la boca.

Consideraciones Finales

La construcción de los objetos de la enemistad en Colombia fue una durante los tiempos de La Violencia y es otra cosa muy distinta en tiempos de la globalización. Durante La Violencia, jugaron un papel central, algunos políticos, gamonales, curas de pueblo, caciques y líderes veredales que tenían nexos con los dos partidos políticos tradicionales. Algunos jefes de estado y caciques políticos también desempeñaron un rol crucial, especialmente aquellos que pertenecían a las facciones extremas de los dos partidos políticos. Con sus discursos maniqueos y su apelación a la violencia contribuyeron a que las comunidades rurales, que ya habían pasado por la experiencia de la polarización política, se escindieran aún más y de manera irremediable. La polarización política bipartidista coincidió con el aislamiento social en que

vivían las comunidades rurales, lo reforzó, y convirtió a vecinos tanto en extraños como en enemigos. Todo ello precipitó a las comunidades antagónicas a una guerra de exterminio que dejó más de doscientos mil muertos.

Cincuenta años más tarde, Colombia se asoma al siglo XXI inmersa en un conflicto interno cuyos contornos políticos han variado sustancialmente. Sin embargo, los escenarios de la violencia siguen siendo fundamentalmente rurales. El país rural está nuevamente escindido por el terror indiscriminado que siembran las acciones de guerra de los grupos guerrilleros y paramilitares. La polarización política que se vive en Colombia a comienzos del siglo XXI, hace parte de la atmósfera de sospecha, incertidumbre y paranoia cognitiva que caracteriza a muchos de los conflictos étnicos contemporáneos. Los asesinatos y las masacres, buscan consolidar territorios y definir fronteras entre los grupos armados que se disputan el control de extensas zonas del territorio nacional. Esa guerra expansiva, ha sumido al país en una confrontación donde el mayor número de muertos son civiles. Se trata de una guerra que no sólo es punitiva sino también preventiva, en contra de quienes presumiblemente puedan llegar a ser auxiliares del bando contrario. Una guerra que liquida a los que no están en ella, una guerra ‘sucía’ en la cual, para ser potencialmente víctima, basta con ser identificado y marcado como ‘el Otro’.

En los dos casos, el de La Violencia y el de la guerra actual, la construcción de la alteridad entre los grupos antagónicos, es un asunto complejo que involucra varios niveles de significación afectiva. Está mediada por discursos ideológicos, por emociones y afectos y por la construcción de estereotipos. Parte de los contenidos emocionales quedaron inscritos en los nombres que los bandoleros utilizaron para nombrarse y nombrar a los Otros. Los vecinos/extraños que durante La Violencia estuvieron físicamente cerca pero permanecieron espiritualmente distantes, fueron convertidos en víctimas mediante la intermediación y la profunda ambigüedad manejada por el delator. Ese fue el agente que, mediante el señalamiento, introdujo en los círculos de proximidad un sentido de alteridad que precipitó la muerte de miles de

ciudadanos. En el contexto actual de barbarie que impera en las zonas rurales, la construcción de la alteridad se deriva del señalamiento del delator y del contagio indiscriminado que producen las tecnologías del terror. Basta con ser señalado como auxiliador del bando contrario para quedar contagiado por esa alteridad que anticipa una muerte inevitable.

El tema que tienen en común los dos períodos antes señalados es el de las masacres, con todos sus contenidos atroces. Como se señaló, las masacres son actos que se vienen ejecutando desde finales del siglo XIX, en contextos de guerra y de extrema polarización política. Mediante ellas, las personas son reducidas a montones de carne. Son hechos que materializan la presencia de un antagonismo social, cargado de odios heredados, que cruza la sociedad rural de lado a lado. Aunque las masacres han producido un gran impacto psicológico y moral entre los sectores rurales que se han visto afectados, el país urbano ha permanecido indiferente. Esa falta de asimilación y la imposibilidad de que los contenidos atroces sean simbolizados y sus efectos reparados, son factores que han contribuido a que las masacres continúen comportándose como síntomas sociales.

Los tabúes que circundan el ancestral oficio de la carnicería fueron enunciados por Gabriel García Márquez en su novela “Crónica de una muerte anunciada”. En la mencionada obra quien narra en primera persona cuenta que unos carniceros, con los cuales conversaba, se indignaron cuando les sugirió que el oficio de matarife que ejercían podía predisponerlos para matar seres humanos. Se defendieron diciendo que cuando mataban a una vaca, no se atrevían a mirarle los ojos, como tampoco podían comerse la carne de los animales que ellos mismos degollaban. Menos aún si se trataba de una vaca cuya leche hubieran consumido alguna vez. Ante los argumentos de los matarifes, quien habla en primera persona pregunta porqué los hermanos Vicario, que también eran carniceros -y asesinos-, si podían matar a los cerdos que ellos mismos criaban y a los cuales conocían por sus nombres. Respondieron que lo hacían porque los cerdos tenían nombres de flores. Lo

anterior deja ver que los carniceros humanizan a los animales que van a sacrificar. Prueba son los tabúes que los separan de ellos: no resisten su mirada, no pueden consumir su carne, como tampoco tomar la leche que producen. De esta manera, están aplicando lo que Leach denominara “métodos humanitarios” para matar a los animales con consideración.

En las masacres, por el contrario, los autores animalizan a los seres humanos y dicha operación borra su cara. Borrar la cara, y por ende la mirada, suspende el tabú que prohíbe matar a los semejantes. Levinas considera que los animales no tienen cara, o que la que tienen es muy diferente de la de los seres humanos. Los autores de las masacres llaman a sus víctimas “mis gallinitas”. De esta manera las minimizan y las feminizan, operaciones que permiten su incorporación dentro de la esfera de lo doméstico. Todo ello facilita su destrucción y su consumo simbólico.

En su libro “Purity and Danger” la antropóloga británica Mary Douglas afirma que el cuerpo humano es un modelo que puede servir para representar cualquier frontera precaria o amenazada del cuerpo social. Si invertimos su premisa podemos preguntarnos como interpretar la subversión que sufre el cuerpo humano con las mutilaciones y los cortes, en términos de los peligros que amenazan a las fronteras del cuerpo social ¿Que pueden decirnos acerca del pacto social y simbólico, unos cuerpos cuya deconstrucción y disposición final ha roto con todos los presupuestos naturales y culturales de la sociedad? Dice la mencionada autora que la contaminación más peligrosa se produce cuando algo que ha emergido del cuerpo, vuelve a entrar en él. Los cortes de La Violencia ponían afuera lo que era de adentro y arriba lo que era de abajo y viceversa. De esta manera, sus autores construían entidades corporales profundamente ambiguas y con una enorme capacidad para producir terror.

En Colombia no hay exploración del Otro cuando se manipula su cuerpo y se desgarran su carne. Quienes así actúan, no enfrentan dilemas morales porque lo hacen desde una posición en la cual ha quedado momentáneamente suspendida su identidad. Debido a ello, nada de lo que

lesionan los perpetradores de las masacres es, a sus ojos, humano. Los muertos, esos Otros que fueron vecinos y conocidos durante La Violencia y que hoy en día son unos extraños, no tienen esa calidad. Por lo tanto, no hay degradación ni deshumanización sistemática pues ante los asesinos sólo está presente la animalidad del Otro. Sin embargo, ese Otro que tienen delante de sí los asesinos, es una persona que grita e implora que no la maten, una persona que en medio de la parálisis que le produce el terror, apela al sentido humanitario de quien la va a asesinar. Pero quien ejecuta la masacre solo tiene ante sí a un extraño que no pertenece a su mundo, un extraño que es el arquetipo de lo indecible, tal y como lo describe Bauman, físicamente cercano pero espiritualmente distante. La alteridad de las víctimas ha desaparecido para dar paso a unos extraños que no pertenecen al mundo de los aniquiladores.

Bibliografía

Expedientes Judiciales

Genocidio de La Cuchilla (Génova, Quindío). Expediente 7078. Juzgado 2° Superior de Armenia.
 Extorsión y Secuestro. Radicado 43, Juzgado 3° de Instrucción Criminal del Líbano.
 Archivo del Tribunal Superior de Ibagué (Universidad del Tolima)
 Robo. Radicado 4467.
 Incendio. Radicado 3765
 Asesinato de un sacerdote. Sumario # 207.
 Homicidio múltiple. Radicado 6961
 Homicidio múltiple. Radicado 6070.
 Homicidio múltiple. Radicado 9706.
 Homicidio múltiple. Radicado 9070.
 Homicidio múltiple. Radicado 522.
 Homicidio múltiple. Radicado 1476.
 Homicidio múltiple. Radicado 10455.
 Homicidio múltiple. Radicado 4233.
 Homicidio múltiple. Radicado 1156.
 Testimonios de sobrevivientes de las masacres de Trujillo, Pavarandó, Puerto Alvira, y Mapiripán.

Literatura Consultada

Alape, Arturo. 1983. *El Bogotazo. Memorias del olvido, Abril 9 de 1948*. Editorial Planeta; Bogotá.

1985. *La paz, La Violencia. Testigos de excepción*. Editorial Planeta; Bogotá.

Anónimo. Sin fecha. *Proceso seguido por el Consejo de Guerra verbal de Oficiales Generales contra Ricardo Obeso y J.F. Acevedo, cabecillas de la rebelión de 1885*. Imprenta de Silvestre y Compañía; Bogotá.

Appadurai, Arjun. 1998. "Dead certainty: Ethnic Violence in the Era of Globalization." *Public Culture*, 10 (2): 225-247; University of Chicago; Chicago.

Aretxaga, Begoña. 1995. "Dirty protest: Symbolic Overdetermination and Gender in Northern Ireland Ethnic Violence." *Ethos*, 23 (2): 123-148; American Anthropological Association.

Asad, Talal. 1997. "On torture, or cruel, inhuman and degrading treatment". En Richard Wilson, ed. *Human Rights, Culture and Context. Anthropological Perspectives*; Pluto Press; London.

Bauman, Janina. 1986. *Winter in the morning*. Virago Press; London.

Bauman, Zygmunt. 1990. "Modernity and Ambivalence." En Mike Featherstone, ed. *Global Culture, Nationalism, Globalization and Modernity*. Sage Publications; London.

Bauman, Zigmunt & Keith Tester. 2001. *Conversations with Zygmunt Bauman*. Polity Press; Cambridge.

Butalia, Urvashi. 2000. *The other side of silence. Voices from the Partition of India*. Duke University Press; Durham.

Clausewitz, Karl. 1968. *De la Guerra*. Editorial Labor; Madrid.

Clark, David. 1997. "On being "the last Kantian in nazi Germany". Dwelling with animals after Levinas". En Jennifer Ham y Mathew Señor, eds. *Animal Acts. Configuring the human in Western History*; Routledge; New York.

Copelon, Rhonda. 1995. "Intimate terror: Understanding domestic violence as torture". En Rebecca Cook, ed. *Human Rights of Women. National and International Perspectives*. University of Pennsylvania Press; Philadelphia.

Das, Veena. 1995. *Critical Events: An anthropological perspective on contemporary India*. Oxford University Press; New Delhi.

Das, Veena, A. Kleinman, M. Ramphela & P. Reynolds. 2000. *Violence and Subjectivity*. University of California Press; Berkeley.

Douglas, Mary. 1966. *Purity and Danger. An Analysis of Concepts of Pollution and Taboo*. Routledge and Kegan Paul; London.

Ellen, Roy. 1977. "The Semiotics of the Body." En John Blacking, ed. *Anthropology of the Body*; Academic Press Inc.; London.

Feldman, Allen. 1991. *Formations of Violence. The Narrative of the Body and Political Terror in Northern Ireland*. University of Chicago Press; Chicago.

Gaitán, Jorge Eliécer. 1979. *Obras Selectas*. Tomos V y VI. Colección de Pensadores Políticos Colombianos, Cámara de Representantes; Imprenta Nacional; Bogotá.

García Márquez, Gabriel. 1981. *Crónica de una muerte anunciada*. Editorial Norma; Bogotá.

González, Fernán. 1989. *Aproximación a la configuración política de Colombia*. Controversia, un país en construcción, Vol. II, # 153-154; Cinep; Bogotá.

Gutiérrez de Pineda, Virginia. 1988. *Honor, Familia y Sociedad en la estructura patriarcal*. Centro Editorial Universidad Nacional de Colombia; Bogotá.

Guzmán, Germán, O. Fals Borda & E. Umaña Luna. 1980. *La Violencia en Colombia*. 2 volúmenes; Carlos Valencia Editores; Bogotá.

Ham, Jennifer & Mathew Señor, eds. 1997. *Animal Acts. Configuring the human in Western History*. Routledge; New York.

Harris, Rosemary. 1972. *Prejudice and Tolerance in Ulster. A Study of Neighbours and Strangers in a Border Community*. Manchester University Press; Manchester.

Hobsbawm, Eric. 1983. *Rebeldes primitivos*. Editorial Ariel; Barcelona.

Jelin, Elizabeth. 2002. *Los trabajos de la Memoria*. Editorial Siglo XXI; Madrid.

Kleinman, Arthur, V. Das y M. Lock. *Social Suffering*. University of California Press; Berkeley.

Lacan, Jaques. 1966. *Écrits*. Éditions du Seuil; Paris.

Leach, Edmund. 1972. "Anthropological Aspects of Language; Animal Categories and Verbal abuse." In Pierre Maranda, ed. *Mythology. Selected Readings*; Penguin Books; Middlesex.

Levinas, Emmanuel. 1976. *Celui qui ne peut pas se servir des mots*. Fata Morgana; Montpellier.

1993. *Entre Nosotros. Ensayos para pensar en otro*. Pretextos; Valencia, España.

Losonczy, Anne Marie. 1997. *Les Saints et la Foret. Rituel, Societé et figures de l'échange avec les indiens Emberá chez les Negro-Colombiens du Chocó*. L'Harmattan; Paris.

Malkki, Liisa. 1995. *Purity and Exile. Violence, Memory and National Cosmology among Hutu Refugees in Tanzania*. University of Chicago Press; Chicago.

Molano, Alfredo. 1985. *Los años del tropel. Relatos de la violencia*. Fondo Editorial Cerec y Cinep; Bogotá.

Moncada, Alonso. 1963. *Otro aspecto de la Violencia*. Promotora Colombiana de Editores; Bogotá.

Obeyesekere, Gananath, 1990. *The work of Culture. Symbolic transformation in Psychoanalysis and Anthropology*. The University of Chicago Press; Chicago.

Palacios, Marco. 1995. *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia, 1875-1994*. Grupo Editorial Norma; Bogotá.

2001. "Una radiografía de Colombia". *Letras Libres*, (Agosto): 33-38; México.

Pécaut, Daniel. 1987. *Orden y Violencia. Colombia, 1930-1954*. 2 Volúmenes. Editorial Siglo XXI y Cerec; Bogotá.

*1997. "Presente, pasado y futuro de la violencia". *Análisis Político*, 30:..... (Ene-Abr); Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional; Bogotá.

1999. "Estrategias de paz en un contexto de diversidad de actores y factores de violencia". En Francisco Leal, ed. *Los laberintos de la guerra. Utopias e incertidumbres de la paz*. Universidad de los Andes; Bogotá.

Sánchez, Gonzalo y Doony Meertens. 1982. *Bandoleros, gamonales y campesinos*. El Ancora Editores; Bogotá.

Sánchez, Gonzalo. 1985. *Ensayos de historia social y política del siglo XX*. El Ancora Editores; Bogotá.

1991. *Guerra y política en la sociedad colombiana*. El Ancora Editores; Bogotá.

2003. *Guerras, Memoria e Historia*. Instituto Colombiano de Antropología; Bogotá.

Simmel, Georg. 1986. *Sociología I. Estudios sobre las formas de socialización*. Alianza Editorial; Madrid.

Uribe, María Victoria. 1996. *Matar, Rematar y Contramatar. Las masacres de La Violencia en el Tolima, 1948-1964*. Serie Controversia # 169; CINEP, Bogotá.

*2004. "Dismembering and expelling. Semanticis of political terror in Colombia. *Public Culture*, 16 (1):....University of Chicago.

Uribe, María Victoria & Teófilo Vázquez. 1994. *Enterrar y Callar*. 2 Volumes; Foundation Terre des Hommes y Comité Permanente para la Defensa de los Derechos Humanos; Editorial Presencia; Bogotá.

Zizek, Slavoj. 1989. *The Sublime Object of Ideology*. Verso; London.

2000. *Mirando al sesgo. Una introducción a Jaques Lacan a través de la cultura popular*. Editorial Paidós; Buenos Aires.

GLOSARIO DE TERMINOS VERNACULARES

Agüeros: pronósticos adivinatorios que pueden ser de carácter positivo o negativo y que están fundamentados en la interpretación de señales, eventos naturales o accidentes. Por ejemplo, se dice que si una persona pasa por debajo del ángulo que se forma al recostar una escalera contra una pared, tendrá mala suerte.

Amasijo: porción de harina amasada que se encuentra lista para hacer pan o tortillas de maíz.

Angarilla: especie de silla rudimentaria que se le pone a los caballos y a las mulas de carga.

Arepas: tortillas hechas de maíz para el consumo doméstico.

Barbuquejo: o barboquejo. Término que se usa para designar la cinta que amarra el casco militar y que pasa por debajo del mentón.

Bestias: Así se denomina a los caballos y a las mulas.

Bobos: término muy generalizado en los pueblos rurales de Colombia. Es utilizado para referirse a los idiotas y a las personas que padecen enfermedades mentales y que generalmente deambulan por las calles.

Borugo:

Cabuya: cuerda fabricada con la fibra que se saca del fique o henequén.

Cachiporros: es uno de los términos utilizados por los Conservadores para referirse a los Liberales.

Cacho: cuerno de venado que se utilizó en algunas veredas durante La Violencia. Servía para avisar la presencia de intrusos o desconocidos.

Camuflado: Uniforme manchado que utilizan los militares para mimetizarse y pasar desapercibidos cuando adelantan campañas o determinadas tareas.

Capuchas: indumentarias que pueden ser antifaces, pasamontañas o máscaras. Mediante su uso los autores de asesinatos colectivos y masacres protegen su cara y, por lo tanto, su identidad.

Caratejos: son las personas que tienen una enfermedad cutánea que produce manchas en la piel. Fue muy común en el sur del Tolima, y algunos bandoleros que la padecieron eran denominados así.

Collarejos: nombre con el que se designa a las aves que, como el cóndor, tienen un collar de plumas en el cuello. Este nombre es analógico pues alude al pañuelo rojo que los Liberales solían llevar amarrado en el cuello.

Cuajar: describe el proceso mediante el cual una sustancia líquida, como la leche, se transforma en una sustancia sólida.

Chicha: bebida alcohólica de consumo popular, producida tradicionalmente por los grupos indígenas. Resulta del proceso de fermentación del maíz (*Zea mays*).

Chulavitas: era uno de los términos despectivos con el que se designaba a los policías de filiación conservadora durante La Violencia. Esta voz tiene origen en la vereda del mismo nombre que se localiza en el norte de Boyacá. A estos policías también se los llamaba *Sonsos y Plaga*. “Llegó la “Plaga”, decían los liberales cuando llegaban los “chulavitas” a sus veredas.

Chunchullos: nombre con el que se designan los intestinos de la res. Se comen fritos o asados y es un alimento muy apreciado por los campesinos. Con esta misma palabra los Liberales llamaban a los chulavitas.

Chupasangre: palabra utilizada por los campesinos Conservadores para referirse a los Liberales. Hace alusión a los vampiros, por lo cual al utilizarla se establecía una analogía entre los liberales, la voracidad y el ataque nocturno.

Chusmeros: palabra de origen chibcha que significa multitud o tropelía. Utilizada por los Conservadores para referirse a los guerrilleros Comunistas y Liberales.

Comunes: es uno de los términos empleados por los campesinos Liberales para referirse a los campesinos de filiación comunista.

Desmatonar: quitar la maleza de un campo para que pueda ser cultivado.

Enruanado: individuo que porta una ruana. Durante La Violencia, debajo de la ruana los bandoleros solían esconder las armas.

Escapulario: objeto religioso que llevan las personas colgado del cuello. Consiste en dos pedazos de tela cosidos, en medio de los cuales se encuentra una imagen religiosa. Era común que lo utilizaran los bandoleros para protegerse.

Escopetas de fisto: armas de pistón que tenían un fogón y dejaban una señal de humo al ser disparadas. Fueron profusamente utilizadas por los bandoleros durante La Violencia.

Finca: pedazo de tierra que varía de tamaño y donde vive una familia. En ella se llevan a cabo actividades agrícolas y de crianza de animales.

Fuetazo: es la americanización de la voz francesa fouet, látigo. Dar azotes con el látigo.

Fulano: esta voz se utiliza para reemplazar el nombre de una persona cuando este es desconocido. También se la utiliza para referirse a alguien cuyo nombre no se quiere mencionar.

Gaitanistas: es el término con el que se designó a los seguidores del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán (1903-1948). Gaitán comenzó a figurar en la escena política a partir de 1929, cuando hizo pública su denuncia por la manera represiva como el gobierno Conservador de Abadía Méndez manejó la huelga de los trabajadores de la United Fruit Company. En 1932, Gaitán y sus seguidores formaron un movimiento popular denominado UNIR (Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria). El objetivo era promover reformas sociales a la Constitución de 1886. El gaitanismo tomó mucha fuerza en la antesala de la campaña electoral para el período 1946-1950 a la cual Gaitán se postuló como candidato. A pesar de su derrota frente al Conservador Ospina Pérez, Gaitán y sus seguidores continuaron desarrollando una activa campaña política con el objetivo de ganar las elecciones de 1950. Sin embargo, el proyecto político quedó trunco con el asesinato de Gaitán el día 9 de abril de 1948. Su muerte desencadenó los hechos violentos conocidos como “El Bogotazo”.

Godos: era el término utilizado por los Liberales para denominar a los afiliados al partido político Conservador, antes de que se les llamara Conservadores. En las guerras de independencia, dicho término se utilizó para designar a aquellos que eran partidarios del rey de España y que también eran conocidos como

realistas. Posteriormente, en el contexto de la República, éste mismo nombre se utilizó para nombrar a los seguidores de Bolívar, en oposición a quienes apoyaban a Francisco de Paula Santander.

Guates. Palabra peyorativa utilizada por los Liberales para referirse a los policías Chulavitas. Hace referencia al origen indígena de dichos policías.

Hollín: restos de color negro o grisáceo que quedan cuando la madera se quema con fuego. Es utilizado por los integrantes de los grupos armados irregulares cuando quieren camuflar los rasgos de la cara.

Laureanistas: término con el cual se designó a los seguidores del líder Conservador Laureano Gómez (1889-1965). Gómez asumió sin oposición la presidencia en el período 1950-1953, luego del caos que se produjo en el orden público como consecuencia del Bogotazo y de haber sido clausurado el Congreso el nueve de noviembre de 1949. Desde su aparición en la escena política en los años veinte, Gómez tomó un papel destacado por su férrea identificación con los ideales del partido Conservador y por la defensa del papel preponderante de la religión católica en el pueblo. Entre sus detractores era reconocido como el “Monstruo”, el “Basilisco”, el “Hombre Tempestad”. Se declaró defensor de la justicia, de la jerarquía y de la moral, principios que, según él, debían acatar los funcionarios y el pueblo si querían construir una nación moderna. Ante el golpe militar del general Rojas Pinilla ocurrido el 13 de junio de 1953, Gómez es exiliado a Nueva York y por último a España. Desde allí el ex presidente emprendió una campaña de protesta por medio de comunicados contra quien denominaba el “Usurpador”, término con el que se refería al general Rojas Pinilla.

Limpios: con esta palabra se autodenominaban los campesinos Liberales en la época de La Violencia.

Machete: herramienta de trabajo que utiliza el campesino para cortar la maleza y para otras labores del campo. Es largo, plano y tiene filo en uno solo de sus lados. Durante La Violencia, fue el arma predilecta de los bandoleros y matones a sueldo, quienes la utilizaron para matar a sus enemigos políticos.

Matachines: palabra utilizada para designar a los matones y asesinos.

Matarife: persona encargada de matar y destazar las reses en el matadero.

Mengano: esta voz se utiliza como reemplazo del nombre de una persona en el caso que éste se ignore o, a propósito, cuando no se quiere mencionar.

Montón: conjunto de cosas puestas sin ningún orden particular, una encima de otra.

Mulo: ejemplar macho de la mula. Es un animal que resulta del cruce entre un caballo y una burra o entre un asno y una yegua. Ha sido profusamente utilizado por los campesinos en Colombia para el transporte de caña de azúcar y café, entre otros productos agrícolas. Con el término mulas se designa a quienes transportan cocaína en los intestinos con el objeto de evadir a las autoridades. Mulas son los camiones que transportan mercancías por las carreteras de Colombia.

Nueveabrileños: nombre utilizado por los Conservadores para referirse a los seguidores de Gaitán.

Pájaros: término que se utilizó para identificar a los asesinos o matones a sueldo, que estuvieron al servicio del partido Conservador.

Patiamarillos: nombre utilizado por los Conservadores para referirse a los

Liberales. El nombre establecía una analogía entre ciertas aves, como las mirlas y los toches que tienen las patas amarillas, y las piernas embarradas de los campesinos.

Patones, Paso a Paso, Cachuchones y Medio Paso, nombres utilizados por los Liberales para referirse a los Chulavitas.

Recalzados, palabra que proviene del verbo recalzar con el cual se designa el procedimiento de reutilizar las herraduras de los caballos y de las mulas cuando se han desgastado. Era utilizado por los campesinos para referirse a las personas que cambiaban de filiación política.

Ruana: estilo de capote o cobija cuadrada, hecho de paño o de lana de oveja. Tiene un ojal o apertura en el centro para meter la cabeza. Lo utilizan los habitantes de las zonas rurales para protegerse del frío.

Sapo: término utilizado para designar a un delator o soplón. Es también sinónimo de informante. El término es polisémico pues con la misma palabra se designan aquellos que cambian de filiación política, generando prevención y desconfianza entre sus antiguos copartidarios. En las zonas marginales y abandonadas por el Estado, la misma palabra se utiliza también para designar a quienes le hacen el juego a las autoridades y a quienes delatan a los que no juegan con las reglas del juego que pretenden imponer las instancias de poder. En las escuelas y en los colegios “sapos” son los que delatan a los compañeros ante los profesores; en las cárceles, son los presos que llevan y traen información entre los diferentes bandos. Actualmente hay “sapos” entre los habitantes de las zonas rurales que ayudan, apoyan o tienen contactos con guerrilleros y paramilitares.

Taitas: palabra de origen quechua que se usa para referirse a los padres. En

singular “taita” hace alusión al jefe de la familia.

Trapiche: lugar donde se procesa artesanalmente la caña de azúcar para extraer la panela, alimento muy popular en Colombia que se utiliza para endulzar los alimentos.

Veredas: son los sectores territoriales en los que se divide un municipio o una parroquia. A su vez, las veredas se dividen en fincas.

Violentólogos: es el término con el cual se conoce en Colombia a los investigadores de las Ciencias Sociales que se han dedicado a estudiar, desde diversas perspectivas, el tema de la violencia.

Volarse: sinónimo de escaparse o escabullirse.

Volteados, palabra con la cual se identifica a quienes cambian de partido político. Durante La Violencia, sobre estos individuos recaían siempre los procedimientos de aniquilación más salvaje. Algo similar ocurre con los violadores cuando son reclusos en las cárceles y son violados por los demás presos. También se utiliza para referirse a los homosexuales o afeminados.

Zutano: voz que se utiliza como reemplazo del nombre de una persona en el caso de que éste se ignore o a propósito si no se quiere mencionar.